
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
CUANDO LA SANGRE AHOGA
ADA CORETTI

Aún tenía a salvo la yugular, de eso que siguiera viviendo. ¿Acaso era lo que su asesino pretendía, que se dilatara su agonía en medio de aquel afluir aparatoso de sangre? Posiblemente, sí. Bien estaba demostrando que la lanza daba infaliblemente donde quería.

Y otra lanza, pintarrajeada a rayas rojas y negras, iba ya camino de él.

Pegado al árbol, no podía hacer nada, nada en absoluto, por evitarlo. Sólo podía rogar que acabase con él de una vez.

Su ruego no fue satisfecho. La lanza le atravesó nuevamente el cuello, pero por lo visto por ningún lugar enteramente vital.

Nuevo afluir de sangre por la boca, a chorros, a borbotones, hasta sentir que se asfixiaba, que se ahogaba.

Otra lanza.

Ésta sí acabó con su vida, al provocarle un súbito colapso.

Pero aún la mano asesina lanzó otra lanza, y otra, todas dirigidas al cuello, hasta que la cabeza quedó tétricamente decapitada, separada del cuerpo.

El cuerpo se desplomó contra el suelo.

La cabeza quedó sujeta al árbol.



Ada Coretti

Cuando la sangre ahoga

Bolsilibros: Selección Terror - 92

ePub r1.1

Titivillus 03.06.15

Título original: *Cuando la sangre ahoga*
Ada Coretti, 1974
Diseño de cubierta: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La expedición, que había salido de Benguela hacia el interior de Angola a primeros de octubre de 1875, había quedado mermada a la mitad de sus componentes.

Ahora sólo quedaban:

Simon Ward, Patrick O'Sullivan, Robert Mageen, Anthony Noore, Peter Moreman y Tony Menis.

Seis hombres jóvenes, que sentían un miedo opresivo, angustioso, horrible, ante los peligros que seguían acechándoles y hacia esa muerte que parecía esperarles a cada nuevo paso que daban.

El último miembro de la expedición que había quedado atrás sin vida, fue un espectáculo estremecedor para todos ellos.

Cayó en poder de una tribu antropófaga, la tribu nakki, y diez lanzas, pintarrajeadas a rayas rojas y negras, le atravesaron el cuello. Las diez, lanzadas con certera y escalofriante puntería, se le incrustaron en esa parte de su cuerpo hasta segarle completamente la cabeza.

Pero antes de quedar una pieza tétricamente separada de la otra, por la boca del infeliz expedicionario surgió sangre. Sangre a borbotones, dando la sensación de que moría asfixiado, ahogado por el propio afluir del contenido de sus venas.

Ahora, el resto de la expedición, se daba cuenta de que su única esperanza consistía en el río, al que habían conseguido llegar tras ímprobos esfuerzos.

Por lo que, con unísono afán, se pusieron a construir una piragua o algo parecido.

Algo que, en definitiva, pudiera servir de salvación.

Si conseguían descender el río y llegar al poblado de Takami, allí encontrarían hombres blancos y la ayuda que tanto necesitaban.

Pero mientras no consiguieran llegar a aquel lugar, ¿qué podía

ser de ellos…?

En esos momentos, más que a la tribu negra, todos ellos temían a un guepardo… Un guepardo que llevaba varias horas siguiéndoles cautelosamente. Buscaba su oportunidad.

Por un par de veces, con los disparos de sus rifles, le habían hecho volver atrás, pero sabían que no había desistido de hacer de uno de ellos su sabrosa presa.

Sí, temían a aquel guepardo. Sabían de sobras lo que es y lo que significaba un guepardo.

Pero aunque lo hubieran ignorado o hubieran tenido alguna duda al respecto, les habría bastado ver cómo capturaba a una gacela.

Eso fue alrededor del mediodía.

Estremecido en todas sus fibras, vieron al guepardo contemplar fijamente a la gacela y luego, moviéndose con la suavidad y la lentitud de un chorro de miel, comenzar a avanzar. Esto hasta llegar a unos cien metros del antílope. De pronto, como una fulminante bala, el guepardo se lanzó abiertamente contra la espantada gacela, que comenzó inmediatamente a correr en desesperado zigzag. Pero aunque huía con gran rapidez, a una velocidad suficiente para escapar de un león o de un leopardo, la gacela no pudo con el guepardo. El drama terminó fulminantemente entre una nube de polvo rojo.

—El guepardo es el animal más rápido de la tierra —dijo Simon Ward—. Tarda tan sólo dos segundos en alcanzar una velocidad endemoniada, y al poco ya corre a mil seiscientos metros por minuto. Los zoólogos calculan su velocidad incluso superior a los ciento diez kilómetros por hora.

—En otras circunstancias —añadió Robert Mageen— ver su silueta merodeándonos, no me molestaría… Pero ahora carecemos casi de municiones y su presencia significa un grave riesgo para nosotros. De todos modos, hay que convenir en que tiene una silueta magnífica… Tan esbelto, con unas extremidades tan largas, con todos sus kilos hechos elástico y puro músculo, con su cabeza pequeña, perfilada, con esas manchas en forma de lágrimas que van desde la comisura de los ojos hasta la boca… Con su piel amarillenta, salpicada de tan fantásticos puntos negros…

—Muchos confunden al guepardo con el leopardo —dijo a su

vez Anthony Noore— y hasta algunos africanos, los kikuyus, solían designar a ambos animales con el mismo nombre *ngari*. Pero, desde luego, aparte de la semejanza superficial de su piel manchada, se diferencian tanto como un luchador de judo de una bailarina…

Peter Moreman, el más alegre de todos ellos, aún se permitió el lujo de reír lo que supuso que era una gracia de su compañero.

Pero ninguno de ellos se rió, ni siquiera Peter Moreman, cuando construida ya la piragua, con la noche echándoseles encima, Patrick O'Sullivan, opinó:

—No creo que esta piragua pueda soportar el peso de los seis.

Todos conocían de sobra a Patrick O'Sullivan. Era serio, sensato, equilibrado.

Siempre sabía lo que se decía y nunca hablaba por el mero hecho de hacerlo.

Por esto, porque le conocían, sus palabras les asustaron mucho más de lo que hubieran deseado.

Pero lo peor no fue su miedo inicial, sino constatar que, en efecto, la débil embarcación no podía con todos ellos.

—Sólo cabemos cinco… A lo sumo cinco…

—De lo contrario se hunde…

—Sí, sólo cinco…

Se miraron unos a los otros. En sus pupilas temblaba algo que tenía mucho de pánico, por más que, en un principio, intentaron disfrazar lo que sentían.

—Debemos construir otra embarcación —dijo Patrick O'Sullivan.

—No hay tiempo —repuso Robert Mageen, muy nervioso—. Las sombras de la noche nos están rodeando ya… El guepardo debe estar muy cerca, presto a lanzarse contra nosotros.

—Pero no van a irse cinco y quedarse uno… —apuntó Patrick O'Sullivan.

—¿Por qué no? —La voz un tanto atiplada de Anthony Noore se dejó oír—. Vale más eso que morir juntos… —Y añadió—: Si el guepardo está cerca, la tribu nakki no debe tampoco andar lejos.

—Opino lo mismo —intercaló Tony Menis.

—Pero ¿quién tendría que quedarse? —preguntó Simon Ward—. Esta cuestión no es sencilla de dilucidar…

—Por descontado que no —razonó Robert Mageen—. Pero aun así, por el bien de los restantes…

—Serenidad, por favor —Patrick O'Sullivan quiso que los nervios no se desataran.

Pero su intención llegó tarde. Los nervios estaban ya rotos, y al llegar a este punto se desbordaron del modo más lamentable.

—Podemos sortearlo, a las cartas… —Fue Robert Mageen quien terminó facilitando la idea.

—No me parece mal —opinó, tras un tembloroso titubeo, la voz de Anthony Noore, más atiplada que nunca debido sin duda al miedo que sentía desde la punta de sus pies al último de sus cabellos.

—A mí tampoco me parece mal —intercaló de nuevo Tony Menis.

—Pero el que pierda, ¿se resignará con su suerte? —preguntó Peter Moreman, como poniéndolo en duda. Mostraba tétrico el rostro, no pareciéndose ya nada al que hasta entonces había sido el más alegre del grupo.

—Deberá resignarse —afirmó Robert Mageen—. No cabe pensar otra cosa entre caballeros.

—Entre caballeros —puntualizó Patrick O'Sullivan— lo que no cabe es dejar abandonado a una muerte cierta a un buen amigo.

—Compadecerse… del que sea —dijo Anthony Noore— significa aceptar la muerte para todos.

—Podría tocarte a ti la carta más baja —dijo Patrick O'Sullivan, dirigiéndose al que acababa de hablar— o tal vez a ti, Simon… O a ti, Robert… O a ti, Peter… O a ti, Tony… —Uno a uno los fue mirando, severamente—. Pensadlo bien antes de decidiros a llevar a cabo esa absurda e incalificable idea.

Pero era demasiado el miedo que unos y otros sentían de morir entre las fauces del guepardo o destrozados por las lanzas de la tribu antropófaga, la tribu nakki. Por lo demás, todos confiaban en que la mala suerte se cebara en el otro.

—¡Que las cartas decidan!

—¡No hay otra solución!

Estaban decididos. Pero de la elección de una carta, o de otra, podía depender todo… Y temblaban sus manos, y se agitaban sus pulsos, y se llenaban de saliva sus bocas y sudaban copiosamente sus frentes. Todo ello hasta hacerles mostrar un aspecto sencillamente deplorable.

Pero de Patrick O'Sullivan no podía decirse eso. Con entereza y decisión, se limitó a dar un par de pasos atrás, queriendo quedar al margen de aquel atentado contra la buena camaradería que hasta entonces les uniera. No se resignaba a aceptar aquella coyuntura.

Pero en aquel preciso momento se oyó la voz de Simon Ward, anteponiéndose a las demás:

—No hace falta echarlo a suerte. Yo estoy dispuesto a quedarme.

Les hizo la sensación de que el oído les había jugado una mala pasada. Simon Ward no había podido decir aquello.

Pero sí, lo había dicho y con una claridad absoluta. Lo que no impidió que, al ver clavados en él cinco pares de ojos, añadiera:

—Pero ha de ser una condición… —Y puntualizó, con un tono metálico—. Una vez a salvo en Inglaterra, cada uno de vosotros daréis 20.000 libras a mi hermano Gilbert.

Todos eran muy ricos, de ello que la cifra, con ser crecida, no se les antojara fabulosa. Menos aún en las circunstancias en que se encontraban. Bien mirado, comprar la vida por 20.000 libras resultaba aceptable.

—Pero tú…, tú… —Patrick O'Sullivan se mostraba perplejo—, ¿por qué te resignas a morir? No resulta lógico.

—Tiene su explicación.

Y a continuación, Simon Ward les refirió lo que nadie había sabido hasta entonces.

En resumen, su propia vida…

* * *

Simon y Gilbert eran hermanos gemelos.

Físicamente se parecían tanto como una gota de sangre pueda parecerse a otra. Y valga la comparación, por toda la sangre que por ellos iba a derramarse…

Simon no quería a su hermano, nunca le quiso. Y no sólo eso, le tenía una profunda antipatía, posiblemente porque era mucho más bueno, noble e inteligente que él.

Gilbert quiso ser ingeniero y uno tras otro fue aprobando todos los cursos, sin el menor esfuerzo. Simon intentó ser doctor y fracasó. Solía decir que lo suyo era dedicarse al teatro, ser actor.

Pero cuando tuvo una oportunidad y pudo salir a un escenario el ridículo fue espantoso. Tampoco, pues, servía para eso.

Los fracasos de uno y los triunfos del otro, hicieron indudablemente más férrea, a través de los años, aquella antipatía de Simon hacia su hermano.

Sus personales sentimientos no fueron óbice, empero, para que cierto día le salvara la vida. Gilbert cayó al mar desde lo alto de unas rocas y Simon se lanzó valientemente a rescatarle, luchando como un verdadero condenado hasta conseguirlo.

Desde aquel día, Gilbert sintió un gran cariño, un inmenso agradecimiento hacia su hermano Simon, lejos de imaginar que éste, por su lado, distaba mucho, muchísimo, de sentir el menor aprecio hacia él. No resultaba extraño oír decir a Gilbert, que si algún día podía hacer algo por Simon lo haría con toda la largueza que le pedía su infinita gratitud.

Todo, en realidad, fue relativamente bien entre ellos, hasta que años después apareció en la vida de ambos Linda Mills.

Tenían a su tía Sheila enferma y llegó una enfermera para atenderla. Ésta era la referida Linda Mills, una mujer joven, morena, muy hermosa. Pero era la suya una hermosura fría.

No obstante, era una frialdad que parecía atraer a los hombres. Por lo menos atrajo a Simon Ward hasta hacerle perder la cabeza.

Linda Mills no cedió nunca a sus requerimientos amorosos. Además, harta de sus asedios, terminó diciéndole que debía desengañarse y para siempre, porque amaba a Gilbert, si bien éste, al parecer, no había reparado aún en los sentimientos de ella.

Desde aquel momento, la antipatía de Simon hacia su hermano gemelo se convirtió en odio, en verdadero odio. En un odio que se veía capaz de arrasar la tierra.

Entretanto, ajeno a cuanto de apasionado y tumultuoso le rodeaba, Gilbert vivía sin albergar temores de ninguna índole.

Luego, de forma inesperada, sucedió aquello…

Simon había conocido a una tal Jane Eggar, una prostituta, con la que se veía asiduamente. Una noche discutieron en una sala de fiestas, y él la abofeteó, la zarandeó y la chica fue a parar contra el suelo, dándose en la nuca con una de las esquinas del mostrador. Quedó muerta en el acto.

No fue más que un lamentable accidente, del que, no obstante,

el causante tendría que responder.

Pero el causante huyó de allí, protegido por la escasa luz que en aquellos momentos había en la sala. Como si aquella huida pudiera resultar efectiva.

No podía serlo, y él tenía que saberlo. A más de uno le sería dado reconocerle. No era la primera vez que frecuentaba aquel local.

Sin embargo, aquella huida no tuvo nada de infructuosa. La prueba, que a la hora de presentarse a la policía y responder a los cargos que se le imputaban, no fue Simon, sino su hermano Gilbert, el que dio la cara.

Simon había ido a buscarle, diciéndole que debía ayudarle, que era preciso que lo hiciera a menos que fuera un desagradecido. ¿No le salvó la vida años atrás? ¿Y no eran físicamente iguales, idénticos…?

Le convenció, y de esta manera Gilbert respondió por él de la muerte de aquella muchacha llamada Jane Eggar.

Fue condenado a un año de prisión. Condena que se convertiría, a los pocos meses, según su abogado, en libertad condicional.

De momento, pues, Simon se había salvado. Además, se había quedado sin su odiado rival.

Linda Mills no sabía la verdad. No podía saberla. Pero miraba a Simon como si presintiera que era el culpable de todo.

Quizá por ello, le rechazaba, le repudiaba con más decisión que nunca. No quería saber nada de él, limitándose a ser en aquella casa una enfermera eficaz y competente.

Transcurrieron un par de meses aproximadamente.

En su desespero, Simon se aturdió en fiestas. En fiestas por todo lo alto, donde derrochaba a manos llenas el dinero de la familia. Un dinero que se iba acabando mucho más rápidamente de lo que él suponía.

Finalmente…

El director de la cárcel le escribió, comunicándole que su hermano había caído gravemente enfermo, aquejado no se sabía ciertamente de qué enfermedad. Aún no se había podido diagnosticar al respecto.

Cuando se pudo hacerlo, tras haberle visitado infinidad de facultativos, la verdad resultó horrible. Se trataba de unas fiebres

africanas, un virus que debía haber contraído en su último viaje por aquellas tierras. Una enfermedad terrible, inmunda, maldita, que poco a poco destruía al individuo. No había cura.

Cuando Gilbert regresó a su hogar, un temblor convulso agitaba todos sus miembros. Cabeza, piernas, brazos, manos, eran pasto de continuas y violentas sacudidas. En cuanto a sus ojos, casi puestos en blanco, parecían mirar sin ver. Sólo su cerebro permanecía incólume.

A Linda Mills le faltó poco para caer desvanecida.

* * *

—He venido con vosotros hasta aquí —siguió explicando Simon Ward a sus compañeros de expedición— para no dejar vacante el puesto de Gilbert… Mi hermano, tan aficionado a viajar por estas tierras, aseguraba que siguiendo la ruta que tuvo que interrumpir en su último viaje, se tenía que dar infaliblemente con la llamada Cueva del Oro… Una quimera, como habéis podido ver… Sólo hemos encontrado peligros de todo género, que nos han diezmado… Pero, en fin, yo puedo aún hacer como si esa Cueva de Oro hubiera estado llena… Sí, quiero que mi hermano Gilbert, por lo menos, lo crea así… Por eso os pido esas 20.000 libras a cada uno… En oro, en monedas de oro —recalcó— para que parezca un auténtico hallazgo… Gilbert será feliz creyendo que la cueva estaba llena y que sus esperanzas no han resultado fallidas… Ya que ninguna otra alegría puedo darle… En realidad —agregó—, siento ahora la necesidad de hacer algo bueno, como una vez, hace años, lo hice.

—A pesar de todo lo que has contado —intervino Patrick O'Sullivan— no tiene sentido que estés dispuesto a morir de un modo tan premeditado.

—Es que me falta algo por añadir —y su voz se hizo aún más metálica, al tiempo que, de un modo violento, se crispaba su expresión—. Será mejor que lo diga… Mis días están contados. Tengo un tumor maligno en el pulmón. Haceos cargo, puestas así las cosas, ¿qué importa ya morir de una manera como de otra?

Se hizo un silencio patético, que nadie acertó a romper. Aquellas

palabras, por su intensidad emocional y dramática, habían surtido el efecto de un verdadero impacto.

—La fatalidad se cierne sobre nuestra familia, no cabe dudarlo —volvió a oírse la voz metálica de Simon Ward—. Tía Sheila en el lecho, habiendo sufrido un nuevo ataque de apoplejía. Gilbert aquejado de ese maldito virus, convertido en un ser repelente… Yo, desahuciado por los doctores… Bueno, ya lo sabéis todo… —Y quiso puntualizar, tras mirarles de uno a uno—. Qué, ¿estáis de acuerdo con lo que os he propuesto?

—Sí —fue Anthony Noore el primero en responder.

—Sí —Robert Mageen respondió el segundo.

—Sí —dijo Peter Moreman.

—Sí —silabeó Tony Menis.

—Sí —repuso finalmente Patrick O'Sullivan, pero éste con esfuerzo, tras un marcado titubeo.

Por segundos la noche se hacía intensa, tenebrosa, inquietante. Y la selva dejaba oír cada vez más su característico rumor, en el que parecía no oírse nada y a la vez daba la sensación de escucharse todo.

El miedo volvió a adueñarse de aquellos hombres, hasta hacer que lo sintieran en la médula, en la epidermis, metido dentro y fuera como un mal veneno que les anegara.

Ya no se compadecieron más de Simon Ward. Pues de pronto, de un modo furibundo e incontrolado, volvieron a pensar solamente en ellos mismos. La piragua fue desamarrada. Los cinco se metieron en su interior, colocándose de manera conveniente, sujetando bien los palos que iban a servir de remos.

Simon Ward quedó a unos pasos, erguido, apenas sin expresión en el rostro, soportando bien aquella dura prueba.

Le habían dejado algunas provisiones y un rifle. Podría defenderse, quizá, de un primer ataque, le quedaba un disparo por hacer.

Pero lo cierto es que Simon Ward no estaba controlando sus nervios tan bien como aparentaba. Por ello, finalmente, no pudo soportar aquella pasividad, y mientras sus compañeros descendían por el río, se puso a gritar histéricamente:

—¡Recordarlo, cada uno dará veinte mil libras a mi hermano Gilbert! ¡En monedas de oro! ¡Si no lo hacéis así, que el castigo

caiga inexorable sobre vosotros! —Y gritando más, cada vez más—: ¡Si faltáis a la palabra dada, que la muerte os destruya de forma inapelable, sin compasión ninguna! —Y ya la piragua lejos, muy lejos, su voz gritaba hasta desgarrarse—: ¡Si no cumplís lo acordado, que las lanzas de la tribu nakki os degüellen, os separen la cabeza del cuerpo!

* * *

La piragua seguía descendiendo el río.

Llevaban antorchas e iluminaban la ruta que seguían.

En las dos veredas, la selva surgía tupida y amenazadora, un mundo indescifrable que les tragaría si de nuevo volvían a sumergirse en él. Su única esperanza era seguir el curso de aquellas aguas y llegar a Takami, lo sabían. No cabía otra alternativa. Desgraciadamente, no podía haberla.

El cielo se oscurecía. No parecían existir las estrellas.

Pero en eso, al unísono, un grito de júbilo salió de los labios de aquellos cinco hombres.

Habían oído un ruido, que reconocieron en el acto.

Se trataba de un pequeño barco a vapor. Iba río arriba. ¡En busca de ellos! ¡Aquello era la salvación!

¿Sería también la salvación para Simon Ward, que solo, abandonado, había quedado expuesto a incontables riesgos?

Así que todos los ocupantes de la frágil piragua pasaron a la firme y segura embarcación, Patrick O'Sullivan se apresuró a hacer saber a aquellos hombres que acudían en ayuda de ellos, la crítica y apremiante situación en que había quedado Simon Ward.

Era preciso llegar a tiempo.

Pero cuando llegaron al lugar donde quedó aquel sexto componente de la expedición, sólo fue para sentir espanto, horror.

El guepardo estaba allí, sobre el cuerpo de Simon Ward, que se hallaba caliente, que aún se movía.

El guepardo había arrancado trozos de su carne, empezando a saciar su hambre. Un hambre feroz, que le incitaba a dar espeluznantes y terribles dentelladas.

Cuando consiguieron hacer huir a la fiera, el cuerpo

ensangrentado y destrozado de Simon Ward estaba ya sin pulso, sin latidos, sin vida. Había dejado de existir.

Su rostro reflejaba un terror sin límites.

CAPÍTULO II

Todo lo sucedido daba la sensación de haber sido una pesadilla, porque aquellos trágicos acontecimientos habían quedado ya muy atrás.

Ahora estaban en Inglaterra, en sus respectivos hogares, y la vida volvía a ser algo grato y placentero, sin riesgos ni sobresaltos. Aquella aventura ya había dado fin. No había por qué torturarse más recordándola. Valía más olvidarlo todo.

Patrick O'Sullivan había sido el único que había cumplido lo prometido al infortunado Simon Ward.

Acudió a casa de Gilbert y le entregó las monedas de oro, por un valor exacto al acordado.

—Es lo que te corresponde —le dijo— de lo hallado en la Cueva del Oro. Robert, Anthony, Peter y Tony te darán, cada uno de ellos, otra cantidad. Es tu parte.

Pero ni Robert, ni Anthony, ni Peter, ni Tony, se dejaron ver por allí. Ya a salvo, les pareció un verdadero abuso, un auténtico escándalo, la cantidad de libras que Simon Ward les había exigido. De ello que, de común acuerdo, decidieran no pagar. Bien mirado, sólo ellos fueron testigos de la promesa dada. Ellos y Simon Ward, claro. Pero éste había muerto y ya no podía hablar, menos aún protestar, así que con tomar una decisión en conjunto, todo aquello quedaba debidamente solucionado.

No contaron con la opinión de Patrick O'Sullivan, dándola, de antemano, como análoga a la de ellos. No resultó grata la sorpresa, pues cuando le oyeron decir que no sólo no aceptaba la idea que habían tenido, sino que él, por su parte, ya había visitado a Gilbert cumpliendo lo convenido. Veinte mil libras en monedas de oro.

—Y para que lo sepáis, le he dicho que cada uno de vosotros tiene que darle otro tanto, que es su parte. Lamento haberos estropeado el plan —ironizó.

Pero ni aun viéndose al descubierto, optaron por rectificar su postura. Se aferraron a su egoísmo.

Lo que no impidió que Patrick O'Sullivan y ellos siguieran siendo amigos y viéndose a menudo en el casino.

Allí se reunía lo más selecto de Sapatterman, la pequeña ciudad donde vivían los cinco amigos. Y donde, asimismo, vivía Gilbert Ward.

El casino era un edificio amplio, de líneas clásicas, desde cuyas altas ventanas se abarcaba las mejores calles de la ciudad.

Aquel atardecer —habían transcurrido ya varias semanas desde que llegaron— estaba lloviendo y las gotas repiqueteaban en los cristales. Se encontraban reunidos en el mismo salón de siempre, de cómodos y mullidos sillones, con la chimenea encendida.

Sólo faltaba Peter Moreman.

Pero oyeron que se detenía un carruaje en la calzada frente a la fachada principal, y dedujeron que sería él. Siempre solía llegar el último. Era su costumbre.

En efecto, se trataba del propio Peter Moreman, que sin lugar a dudas volvía a ser el más alegre y despreocupado del grupo.

—El conserje me ha entregado esto —apenas entró allí, les mostró cinco sobres, a nombre de cada uno de ellos—. Dice que el cartero acaba de traerlos. No comprendo.

Robert Mageen fue el primero en alargar la mano, cogiendo su sobre.

Lo rasgó.

Desplegó el papel que contenía.

Y apenas sus pupilas recorrieron las líneas escritas, se puso pálido, lívido, como si le hubieran dejado todas las venas, todas las arterias sin una sola gota de sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó Anthony Noore.

Mostró el papel, donde decía escuetamente:

`Poco plazo te queda. O pagas… o morirás.`

Anthony Noore se decidió a coger el sobre que estaba dirigido a él. Era mejor saber a qué atenerse.

El contenido era el mismo.

En silencio, Peter Moreman cogió el tercer sobre. El que le

correspondía.

Idénticas palabras. Ni una más ni una menos. Como un eco, repetido una y otra vez, que llegara desde aquellas malditas tierras africanas.

Tony Menis se apoderó del sobre que iba a su nombre.

Y lo mismo…

Sólo faltaba Patrick O'Sullivan. Quien, viendo puestas interrogativamente en él todas las miradas, se decidió a abrir su sobre.

Así lo hizo, desdoblando el papel que contenía.

Pero aquel papel estaba en blanco. Completamente en blanco. Allí no decía nada.

—¡Está bien claro! —exclamó Robert Mageen, bufando como si fuera una caldera—. ¡Tú lo has tramado todo, Patrick!

—No, no —se apresuró a defenderse.

—¡Sí! —gritó—. ¡Y has tenido muy poco gusto, permíteme que te lo diga! ¡Podías haber buscado otro modo para coaccionarnos!

—Robert tiene razón —arguyó Anthony Noore—. No has debido hacerlo. Al fin y al cabo, seguimos siendo tus amigos. ¿No es eso?

—Sí —convino Patrick O'Sullivan—. Por eso nunca se me hubiera ocurrido haceros pasar tan mal rato.

—Mal rato, ¡nada de eso! —se rió forzadamente Peter Moreman —. Se lee demasiado fácilmente el destinatario para que cunda la alarma.

—Naturalmente, la cosa está clara —dijo Tony Menis.

—Os aseguro que yo no tengo nada que ver con todo esto. —Patrick lo dijo con tono firme, enérgico—. ¿Aún no me conocéis?

Los cuatro se miraron entre sí. ¿Y si Patrick decía la verdad? Sí, parecía decirla.

¿Quién, entonces, era la persona que les amenazaba?

—Dejaros de deducciones —terminó diciendo Patrick O'Sullivan — y pagar la deuda que tenéis. Un modo muy sencillo de concluir con este enojoso asunto, ¿no os parece?

—¿Y proceder como si estuviéramos muertos de miedo? —Anthony Noore torcía el gesto—. No me seduce la solución.

—¡Fue un abuso que Simon nos pidiera tanto dinero! —protestó Peter Moreman.

—Entonces no os lo pareció —dijo Patrick, irónico, y a la vez un

poco despreciativo.

—Pero nos lo parece ahora —repuso Robert Mageen—. Sacrificó su vida, sí, lo admitimos, pero ¿cuántos días tenía esa vida…? Él mismo nos lo confesó, padecía un tumor maligno. Así, pues, su sacrificio fue a medias.

—Eso, a medias —corroboró Tony Menis.

—Me avergüenza oíros —dijo Patrick—. Se habla muy fácilmente ahora, en Inglaterra, en este casino, mientras el fuego de la chimenea caldea el ambiente. Pero cuando cerrasteis el trato, ni estábamos en Inglaterra, ni en ningún casino, y la muerte se cernía sobre todos nosotros. ¿Cómo habéis podido olvidarlo con tanta facilidad?

—Es mucho dinero —apuntó Peter Moreman, pero dando la sensación de que empezaba a flaquear.

—Lo prometido en tal circunstancia es algo sagrado —dijo Patrick—. No tendría que hacer falta que yo os lo recordara.

—Pero ¡quién demonios ha podido escribir estas cartas! —barbotó Anthony Noore.

* * *

Se habían separado sin tomar ninguna determinación. Cosa que había disgustado a Patrick O'Sullivan, dejándole muy mal sabor de boca. En realidad, estaba presintiendo que todo aquello iba a complicarse mucho más de lo deseado.

Al salir del casino no ocupó ninguno de los carruajes de alquiler alineados allí cerca.

Como sea que ya no lloviera, prefirió ir andando.

Y lo cierto es que se dirigió, casi de un modo instintivo, hacia la casa de Gilbert Ward.

Iba pensando si habría sido el propio Gilbert el que escribiera aquellas cartas. Pero no, a causa de sus temblores, de sus sacudidas, de su lamentable estado físico, él no podía ser el autor de las mismas.

—Pero ¿habría mandado que alguien las escribiera, queriendo asustar a sus cuatro amigos, para así inducirles a entregarle las susodichas cantidades?

Sinceramente, Patrick O'Sullivan no podía creer eso. Conocía a Gilbert desde niño.

Una acción como ésa no iba con su carácter. En absoluto.

Sin embargo, quien sea que fuera la persona que escribiera tales cartas, había que convenir que luchaba por los intereses de él. Así que, enfocado el caso desde tal punto, resultaba casi inevitable deducir…

Sí, aparecía un nombre en escena: Linda Mills.

El día que fue a visitar a Gilbert y a darle a éste las consabidas veinte mil libras en monedas de oro, le abrió la puerta con una expresión más fría que nunca. Se limitó a saludarle y a conducirle adonde estaba Gilbert. A la salida no la vio. Debía estar en las habitaciones de tía Sheila.

Ahora le daban tentaciones de presentarse de nuevo allí, y de forzarla a una conversación.

¿Por qué no hacerlo? No había ningún mal en ello. Era un modo como otro de intentar aclarar las cosas.

Estaba ya ante la casa. Miraba a través de la niebla grisácea sus líneas un poco adustas.

Subió los tres peldaños de la entrada. Se acercó a la puerta e hizo sonar discretamente el aldabón. Llamada que repitió al darle la impresión que nadie le había oído.

Pero sí, se acercaban unas pisadas, femeninas, evidentemente. De un momento a otro, pues, le sería franqueada la entrada.

Patrick O'Sullivan esperaba ver aparecer a Linda Mills. Últimamente, por lo visto a falta de servidumbre, era ella la que desempeñaba todos los cometidos.

Pero se equivocó. En esta ocasión se dejó ver una joven rubia, de dulces ojos azules, de deliciosa figura. Llevaba un vestido de buen corte, de color discreto.

—Usted dirá… —Su voz también era dulce, lo mismo que sus bonitos ojos azules.

—¿La señorita Mills? —inquirió—. Desearía hablar con ella.

—Pase usted…

Le acompañó hasta la salita. Allí le dedicó su primera sonrisa, rogándole que esperara.

Al quedarse solo, Patrick O'Sullivan se dijo que esa muchacha de aspecto tan agradable parecía no encajar en aquella casa. Aunque

no supo decirse verdaderamente el porqué de esa suposición, pues bien mirado aquella casa era como cualquier otra.

¿O acaso no…?

En realidad, desde que sus amigos habían recibido aquellas amenazadoras misivas, se estaba haciendo un lío.

De momento, lo más aconsejable era que hablase claramente con Linda Mills y que esperara a ver qué era lo que ella le respondía.

Tardó apenas un par de minutos en llegar. Tan hermosa y fría como siempre, pero ahora, a ojos vistos, más elegante y mucho mejor arreglada que en ulteriores ocasiones.

—¿Qué tal, señor O'Sullivan?

—Espero no venir a molestar.

—No, en absoluto, por lo que a mí se refiere. En cuanto a Gilbert, quiero decir… —carraspeó un poco— al señor Ward, lamentándolo mucho no creo que pueda recibirle.

—Venía precisamente a hablar con usted, no con él.

—Siendo así… —Pareció pertrecharse tras esa frialdad tan personal, tan suya—. Tome asiento, por favor.

Patrick O'Sullivan ocupó un sillón y ella le imitó, cruzando sus hermosas piernas en un gesto en el que no pareció haber rebuscada intención.

—Dígame…

Patrick le puso al corriente de las cartas que sus amigos habían recibido, y del contenido de las mismas. Y ya sin más, añadió:

—Pero quizá usted ya lo sabía.

—¿Cómo iba a saberlo? —demostró asombro, y en gran medida por cierto.

—Siendo usted misma quien las escribiera…

Linda Mills dio un respingo.

—¡No me gustan las bromas! —exclamó.

—No he pretendido bromear. He hablado en serio. —El rostro de Patrick lo constataba así—. Ha podido ser usted, ¿no?

—Pero no lo he sido —desafió la mirada que sentía escrutadoramente clavada en ella. Luego se relajó—. Mire, señor O'Sullivan, voy a hablarle con entera sinceridad, ya que es usted el único que se ha portado con Gilbert como un perfecto caballero. —Seguidamente se detuvo unos instantes, respiró hondo y prosiguió —: Yo me enamoré de Gilbert desde el primer momento. Pero ahora

sólo es un despojo humano, cuya vida desgraciadamente se extinguirá poco a poco. Él sabe que le he querido y que aún le quiero, pero ya nada es posible entre nosotros. Pero él es bueno, muy bueno, siempre lo ha sido, y desea lo mejor para mí. Por eso me ha jurado que antes de morir hará testamento a mi favor, legándome las veinte mil libras que usted le trajo y las otras partes que han de darle… Que debieran darle, para hablar con más exactitud. Pero deja para última hora lo del testamento, sin duda para asegurar mi presencia a su lado hasta los últimos instantes. Una precaución innecesaria por su parte, se lo aseguro, señor O'Sullivan, porque yo no le abandonaría aunque hubiera de ser para mí.

—Pensar así la honra, señorita Mills.

—Creo haber demostrado ya a Gilbert mi lealtad, mi fidelidad, cuando el dinero se estaba acabando en esta casa. Cuidaba a tía Sheila, le atendía a él y me encargaba de todos los trabajos, sin excepción.

Se detuvo un instante.

Al poco prosiguió:

—Desde luego, ahora que Gilbert ha recibido esas veinte mil libras, todo ha cambiado. He cogido una sirvienta e incluso una enfermera para que atienda a tía Sheila, porque con franqueza —añadió—, estoy ya harta de soportarla. Desde que ha mejorado, no hay quien la aguante, se ha vuelto insufrible. Nunca ha sido fácil de tratar, pero ahora la cosa pasa ya de la raya.

—Comprendo —intercaló Patrick O'Sullivan, a la espera de que ella siguiera hablando.

Lo que no tardó en hacer.

—Volviendo a lo de esas cartas, puede estar seguro, señor O'Sullivan, de que yo no las he escrito, aunque a mí, principalmente, me interesaría que Gilbert cobrase hasta la última libra. Pero yo conozco bien a Gilbert y sé que se avergonzaría de mí si fuera capaz de una acción semejante. De todos modos, si necesita un culpable, o digamos mejor un sospechoso, yo puedo facilitarle un par de nombres.

—¿De veras? —inquirió Patrick.

—Muy de veras.

—La escucho.

—En primer lugar, la propia tía Sheila. ¿No sabe usted que ha sido y es la mujer más terriblemente ambiciosa de este mundo? Ella siempre le instaba a Gilbert a ir a esas tierras africanas, en busca de esa Cueva del Oro, que yo maldigo. Por su culpa cogió esa terrible enfermedad, ese virus de tan funestas consecuencias.

—Me hago cargo.

—En segundo lugar —siguió diciendo Linda Mills—, esta jovencita que le ha abierto la puerta. Se llama Barbara Eggar… ¿No le dice nada el apellido?

—Francamente, no. En este momento…

—Es la hermana de Jane Eggar, la prostituta que Gilbert mató en aquel desgraciado accidente. ¿No le parece mucha casualidad que haya respondido precisamente ella al anuncio que yo puse en el periódico? ¿No le parece excesiva coincidencia que ella precisamente haya venido a prestar sus servicios en esta casa?

CAPÍTULO III

Peter Moreman aprovechó la mañana un tanto soleada, bastante menos fría que las anteriores, para ir a pescar.

Conocía un buen lugar. Allí las truchas picaban el anzuelo que daba gusto.

Era un lugar apartado, solitario, entre rocas. Donde pintorescamente sólo había un árbol.

Pero apenas estuvo allí aquella mañana, Peter Moreman se sintió nervioso, inquieto, excitado. De pronto, había tenido la sensación de que un peligro terrible se cernía sobre él.

Se giró. Miró a su alrededor. No vio a nadie. A pesar de eso no pudo calmarse, no acertó a serenarse.

Al poco, oyó una voz tras él. Una voz que le habló con gran naturalidad. Le dijo en forma de saludo y a la vez a guisa de despedida:

—Tú vas a ser el primero.

Peter Moreman se volvió rápidamente, lanzando un grito al ver a la persona que estaba a unos cinco o seis metros de él.

Pero lo que le hizo proferir el grito, que tuvo bastante de alarido, no fue en sí la persona que vio, sino su expresión, sus gestos, y el ver que sostenía en la mano derecha una larga y afiladísima lanza, pintarrajeada a rayas negras y rojas. Idénticas a las de la tribu nakki.

Una lanza que aún no había acabado su grito, cuando ya cruzaba aterradoramente los aires.

Había sido dirigida con escalofriante puntería, y con una fuerza increíble, digna de un ser demoníaco.

Peter Moreman sólo acertó en su espanto, en su horror, a retroceder un paso.

Lo que únicamente le sirvió para tropezar con el tronco del árbol, donde se incrustó furiosamente la lanza luego de haberle

atravesado de parte a parte el cuello.

—No, piedad… Piedad —gimió, pegado al árbol, sacando sangre a borbotones por la herida y por la boca.

Ya iba en camino la segunda lanza. Dirigida con idéntica y estremecedora puntería.

Una puntería precisa y matemática como si la mano que la lanzara fuera una máquina libre de todo fallo e imperfección.

Peter Moreman volvió a sentir el dolor horrible de una nueva herida. Y fueron ya dos las lanzas que le dejaron pavorosamente sujeto al tronco del árbol.

Aún tenía a salvo la yugular, de eso que siguiera viviendo. ¿Acaso era lo que su asesino pretendía, que se dilatara su agonía en medio de aquel afluir aparatoso de sangre? Posiblemente, sí. Bien estaba demostrando que la lanza daba infaliblemente donde quería.

Y otra lanza, pintarrajeada a rayas rojas y negras, iba ya camino de él.

Y Peter Moreman, pegado al árbol, no podía hacer nada, nada en absoluto, por evitarlo. Sólo podía rogar que acabase con él de una vez.

Su ruego no fue satisfecho. La lanza le atravesó nuevamente el cuello, pero por lo visto por ningún lugar enteramente vital.

Nuevo afluir de sangre por la boca, a chorros, a borbotones, hasta sentir que se asfixiaba, que se ahogaba.

Otra lanza.

Ésta sí acabó con su vida, al provocarle un súbito colapso.

Pero aún la mano asesina lanzó otra lanza, y otra, todas dirigidas al cuello, hasta que la cabeza quedó tétricamente decapitada, separada del cuerpo.

El cuerpo se desplomó contra el suelo.

La cabeza quedó sujeta al árbol.

* * *

Mientras sacaba humo de su cigarro puro, el comisario Ralston intentaba sacar alguna deducción, atar cabos, pero evidentemente nadie le estaba ayudando.

Mi siquiera Patrick O’Sullivan, que guardó silencio y no aludió a

las cartas recibidas.

Por su gusto hubiera hablado claro, pero sus amigos Robert Mageen, Anthony Noore y Tony Menis, acababan de rogarle encarecidamente que de momento no dijera nada, y quiso ponerse de parte de ellos. Tal vez porque se temía que, poniéndose de parte de la policía, tampoco iba a adelantar mucho.

—La forma de ejecutar esta muerte —comentó finalmente el comisario Ralston y despidió un par de bocanadas de humo— delata, indudablemente, a un hombre que ha estado en tierras africanas… O a una mujer… Alguien que, a no dudarlo, haya practicado con tribus negras… Como sea que la víctima estuviera no hace mucho por tales latitudes, resulta lógico pensar…

No terminó la frase, dejando interrumpidas al parecer sus deducciones.

Pero luego habló en voz baja con uno de sus agentes, dando varias órdenes. Por lo visto, se llevaba en la mollera alguna idea que no consideraba desdeñable del todo.

Cuando Patrick y sus amigos salieron de la comisaría, se dirigieron al casino.

No era la hora común de reunirse, pero comprendieron que allí podrían hablar con un poco de tranquilidad. Si es que la palabra tranquilidad podía adaptarse al caso.

—Bien, ¿qué pensáis? —preguntó Patrick O'Sullivan así que estuvieron en el acostumbrado salón, en esta ocasión con las puertas cerradas para evitar posibles indiscreciones.

—No sabría decirte —contestó Robert Mageen, con los nervios a flor de piel.

—¿Y tú, Anthony? —preguntó, dirigiéndose al otro amigo.

—No sé…, no sé… —tartamudeó éste.

—¿Y tú, Tony?

—No sé… —repitió.

—Pues partiendo de la base que sabéis tan poco —resumió Patrick—, habéis estado desacertados no ayudando al comisario Ralston. Al rogarme que callara lo referente a las cartas, he supuesto que deducíais algo.

—No, nada —dijo Robert Mageen—. ¿Qué quieres que deduzcamos? Todo esto es demasiado horroroso.

—Sí, lo es —convino Anthony Noore.

—Pues yo sí he llegado a una conclusión —dijo Patrick O'Sullivan.

—Habla —le apremió Robert.

—Dinos… —Se impacientó Anthony.

—Explícate —este último fue Tony Menis.

Surgió una pregunta:

—¿Vosotros habéis hablado con la familia, o con algún amigo en particular de las últimas amenazas que, gritando, desgañitándose, nos dirigió Simon Ward mientras la piragua descendía por el río? —Y antes de recibir respuesta, prosiguió—: Imagino que no, ni con la familia, ni con los amigos, ni con nadie. En realidad, desde el principio estabais todos pensando en no pagar las veinte mil libras. Así pues, ¿a qué referirse o a qué rememorar algo enojoso y desagradable, que bien mirado comprometía vuestro honor? Valía más echarlo al olvido, ¿no es eso?

—Tienes razón —dijo Robert Mageen—. A nadie he hablado a este respecto.

—Yo tampoco —repuso Anthony Noore, tartamudeando de nuevo con voz atiplada.

—Yo tampoco —repitió Tony Menis.

—Pues si ninguno de vosotros ha hablado en ese sentido —dijo Patrick—, yo tampoco lo he hecho. Nadie, por tanto, ha podido enterarse de que aquellas palabras fueron pronunciadas… Nadie ha podido saber que Simon Ward nos amenazó con morir, de no cumplir lo acordado, bajo las lanzas de la tribu nakki. Y si sólo lo sabemos nosotros, ¿cómo es que Peter ha muerto precisamente de esa forma? Con las lanzas pintarrajeadas a rayas rojas y negras, como aquellas… —Y exclamó, sin más—: Porque el asesino de Peter es uno de los que estábamos allí.

Se indignaron con él. ¿Cómo se le podía ocurrir semejante cosa?

—Dadme una idea más aceptable.

—El espíritu de Simon Ward —dijo Robert Mageen— que nos llega desde aquellas tierras para destruirnos.

—Inaceptable tu idea —opinó Patrick O'Sullivan—. No creo en espíritus que atraviesan los océanos.

—Algo puede que haya de lo que dice Robert —tartamudeó de nuevo Anthony—. No lo tomes tan escépticamente. Una vez leí en una revista científica, que los espíritus de los seres humanos…

—¿Y quién escribió aquellas cartas? —Le interrumpió Patrick—. ¿También el espíritu que cogió pluma y tinta y se expresó tan claro y con letra de imprenta para qué no pudiera ser identificada? Un espíritu muy astuto. Demasiado para ser sólo eso. Mira, yo aquí busco a un ser vivo por los cuatro costados.

—¡Pero es ridículo que desconfíes de nosotros! —Se defendió Tony Menis—. Si somos precisamente nosotros los que no queremos desprendernos de las veinte mil libras. ¿A qué, pues, íbamos a lanzarnos a este insensato desvarío, para exigirnos y obligarnos a nosotros mismos a pagar? ¿Quién de nosotros iba a hacer esa solemne tontería y para qué? ¡Por Dios, que no tiene lógica! ¿No lo comprendes?

—Desde luego, bien mirado no tiene la menor lógica —dijo finalmente Patrick O'Sullivan.

Se vio forzado a reconocerlo, a admitirlo así.

De momento, al menos, se imponía la evidencia.

CAPÍTULO IV

Patrick O'Sullivan se dirigió hacia la casa donde vivía Gilbert Ward.

Pero sin saber exactamente si deseaba hablar con éste, o con Linda Mills, o con tía Sheila, o si su deseo era tan sólo buscar la oportunidad de ver de nuevo a aquella jovencita rubia, de ojos azules, que se llamaba Barbara Eggar.

No quiso darle al aldabón sin antes haber analizado sus propias intenciones. Quería saber a qué atenerse consigo mismo.

Bueno, la verdad es que se había empeñado en esclarecer aquel caso, aquella muerte.

No se veía capaz de permanecer inactivo, cruzado de brazos. Claro que averiguar quién era el culpable era un cometido que correspondía al comisario Ralston. De todos modos, había decidido investigar por su cuenta y riesgo.

Sin embargo, para ser enteramente sincero consigo mismo, tuvo que reconocer que, punto y aparte, Barbara Eggar le había impresionado un poco más de la cuenta.

Era la primera vez que esto le sucedía con una mujer.

En fin, lo mejor que podía hacer era llamar a la puerta. Sobre la marcha decidiría.

Así lo hizo. Llamó.

¿Le abriría Linda Mills? ¿O acaso la nueva enfermera de tía Sheila?

No fue ni la una ni la otra, sino la propia tía Sheila quien llegó hasta la puerta apoyándose en un bastón y arrastrando penosamente la mitad derecha de su cuerpo.

Pero era más de lo que podía esperarse después del nuevo ataque que había sufrido. Un ataque del que parecía que no iba a salir a no ser hacia el cementerio.

—¿Eres tú, Patrick? Pasa, pasa… —Y sin hacer caso del saludo

del joven—: Ya ves, tengo que venir yo a abrir la puerta. Así que la sirvienta sale, esto se queda sin personal competente… ¡Hay que tener una paciencia!

Le llevó a su salita preferida, una estancia pequeña abarrotada de cuadros raros y de pájaros disecados. Combinación que confería al ambiente un tono agrio, desapacible.

Pero tía Sheila debía ser, por descontado, de muy distinto parecer.

—Siéntate, Patrick.

—Gracias.

Ella se desplomó en lo que era su sillón habitual. Había envejecido mucho. Su cara se hallaba plagada de arrugas. Miró al joven. Entonces pareció preguntarse el motivo de su visita.

—¿Vienes a ver a Gilbert? —preguntó.

—Si pudiera ser…

—Está muy afectado. El comisario Ralston acaba de comunicarle lo sucedido a Peter. De todos modos, si tienes mucho interés.

—No, no —se apresuró a decir—. Volveré en otro momento. Eso sí, si usted me lo permite —sonrió—, ahora me quedaré un poco en su compañía, intercambiando impresiones.

—¿De esa muerte? —quiso saber.

—Sí —asintió Patrick—. Resulta alucinante el modo de ejecutarla, ¿no cree usted?

—Debe tratarse de la misma persona que escribió aquellas misivas.

Indudablemente, hablaba del asunto de muy mala gana.

—¡Ah! ¿Está al corriente?

—Sí, la señorita Mills me informó.

—¿Se lleva bien con ella?

No vaciló al dar la respuesta.

—En absoluto. Como perro y gato.

—¿Quién es el gato? —Sonrió Patrick.

—¿Quién suele ganar cuando se pelean? —Y sin más—: Ella cree que es la que tiene las uñas más largas, más afiladas, pero se equivoca. Se enterará a su debido tiempo.

—Me imaginaba a la señorita Mills muy inofensiva —quiso inducirla a hablar más de lo que ella misma pudiera desear.

—¡Ésa de inofensiva no tiene nada! Quizá al principio iba de

buena ley, pero ahora… ¡Quiere llevárselo todo, todo! Se aprovecha de las circunstancias, ¿sabes? Gilbert está en unas condiciones tan lamentables…

Pero se interrumpió, porque alguien se acercaba y no quería que nadie le oyera hablar en tal sentido.

Fue la silueta de Gilbert Ward, encorvada, temblorosa, enferma, la que se perfiló en el dintel de la puerta.

Patrick O'Sullivan se levantó para saludarle.

—Hola, Patrick. No, por favor, sigue sentado…

Sus ojos, casi puestos en blanco, parecían mirar sin ver. El temblor de todos sus miembros era sencillamente horroroso.

Todo él era un espectáculo sobrecogedor, angustioso, que quieras que no revolvía el estómago. Sí, ésta era la verdad.

Él debía saberlo, de ello que apenas cruzara alguna que otra palabra con sus amigos.

Como en esta ocasión que cortó por lo sano.

—No sabía que estuvieras… Bueno, te dejo con tía Sheila. Otro día hablaremos más.

Patrick no quiso dejarle ir tan aprisa.

—Oye, ya sabes lo de Peter, ¿verdad?

—Sí —dijo, y aumentaron sus temblores, sus sacudidas—. Una muerte espantosa. No se lo merecía, era un buen muchacho.

—Debía haberte dado veinte mil libras —le recordó—. En eso no se portó bien.

—Es verdad. Pero no le guardo rencor, créeme. Tal vez porque ya ves…, yo no necesito más que morirme y descansar de una vez.

—¡Gilbert! —protestó.

—Adiós…

Patrick O'Sullivan hubiera jurado que se fue llorando. Y no pudo menos de pensar que el dinero de aquel hombre, indudablemente, tenía que ser una presa fácil para una mujer hermosa, calculadora y desaprensiva. ¿Era Linda Mills esa mujer?

Aquel día no había de verla. No podría mirar su rostro, que por lo demás solía reflejar tanta frialdad que resultaba dificilísimo escudriñar en ella.

Aquel día sólo vio a Barbara Eggar. No tan hermosa como Linda Mills, pero desde luego mucho más encantadora, mucho más grata a sus ojos.

La vio acercarse a la puerta y despedirse. Llevaba un vestido muy ajustado al talle y un sombrerito muy gracioso. Doblada en el brazo, la capa con la que iba a abrigarse.

—Hasta luego, señora Ward. Procuraré no regresar tarde.

—Es su día libre —dijo a Patrick tía Sheila.

Patrick hizo como si no le incumbiera la salida de la muchacha, pero al poco se levantó y se despidió de la anciana diciéndole que ya la había molestado bastante.

* * *

Corrió hasta llegar junto a la muchacha.

—Señorita Eggar…

—¿Es a mí? —Pareció bastante sorprendida.

—¿No es usted la señorita Eggar?

—Sí, claro que sí. Pero no me esperaba su llamada —sonrió seductoramente, mientras le miraba y se decía que era guapo y apuesto, y que la levita que llevaba, de color claro con solapa de color oscuro, le sentaba magníficamente.

—Soy Patrick O'Sullivan, amigo de la familia Ward. Ya nos vimos el otro día, ¿recuerda?

—Perfectamente.

—Bueno, puesto que no soy un desconocido, me voy a permitir el acompañarla un rato. ¿De acuerdo?

—Ya que es usted amigo de la familia a quien presto mis servicios —desde luego le miraba con simpatía—, puede hacerlo. Un poco, no mucho —sonrió—. No quiero dar que decir.

Pero Patrick O'Sullivan consiguió llevarla a un merendero. Un lugar grato, acogedor, donde tomaron juntos una apetitosa merienda junto a las llamas danzarinas de una rústica chimenea.

Esto fue el principio.

Luego llegó el tema inevitable.

—¿Por qué está en esa casa, señorita Eggar?

—En alguna he de estar, ¿no? —Le miró recelosa.

—Sapatterman no es una ciudad tan pequeña. Hay muchas casas. Podía haber elegido cualquier otra…

—Ahora sé por qué ha querido acompañarme. Es usted curioso y

entrometido. ¿Eh, señor O'Sullivan?

—He querido acompañarla porque es usted una muchacha preciosa. Pero también soy curioso y entrometido, sí, señorita Eggar, no puedo evitarlo.

—Por lo menos tiene la sinceridad de reconocerlo.

—Responda a mi pregunta, por favor. Y sepa de antemano que no me guía la menor animosidad hacia usted, todo lo contrario.

—Le extraña que esté en casa de Gilbert Ward, ¿verdad? —Respiró hondo antes de proseguir—. Sí, claro, es natural. No debiera estar allí. Antes en cualquier otro lugar.

—Habrá algún motivo.

—Sí, lo hay. Bueno —rectificó—, lo hubo. Quiero decir que todo era distinto antes de conocer a Gilbert Ward.

—Explíquemelo, ¿quiere? —Y le indujo a seguir con su relato.

—Sí. Pero será mejor que le cuente un poco mi vida, para que así me comprenda mejor. Nunca he hablado con nadie de esto, pero creo que con usted es distinto, señor O'Sullivan, me inspira confianza. No sé por qué será. Tal vez —su mirada estaba llena de dulzura— porque me ha dicho que soy una chica preciosa y me lo he creído un poquito.

—Créaselo del todo.

—Verá, señor O'Sullivan, yo vivía con mi madre y mi hermana Jane en un pueblo, a no muchas millas de Sapatterman. Un día apareció por allí un joven comerciante y se enamoró de Jane. Pocos meses después se casaron, locamente enamorados uno del otro. Se vinieron a vivir aquí, a Sapatterman. Un año después tuvieron un niño que era un encanto. Todo era maravilloso en sus vidas, pero de pronto sucedió la desgracia, el marido y el hijo de Jane murieron al volcar la diligencia en que viajaban. A Jane le faltó poco para perder la razón. Pero consiguió sobreponerse a base de alcohol. Eso es mala cosa, señor O'Sullivan, y de eso que arrastrada por su vicio y también por su dolor, me consta, acabara siendo lo que fue: una prostituta. Pero mi madre y yo lo ignorábamos. Seguíamos en el pueblo, mientras ella continuaba aquí al pie de los negocios de su marido, según nos decía. Por eso no nos sorprendía que nos enviara dinero cada mes, para que no sólo viviéramos sin privaciones, sino también para que yo pudiera acabar con mis cursos de enfermera.

Se detuvo unos instantes, dejando ver lágrimas en sus ojos. ¡Qué

bonitos eran sus ojos!

—Pasó el tiempo. Sucedió aquello… Entonces nos enteramos de la verdad, se había estado dedicando a la mala vida, había caído muy bajo…

Se interrumpió nuevamente. Le dolían los recuerdos. Le escocían las lágrimas.

—Yo era ya enfermera diplomada y podía ya buscar colocación, y en eso la casualidad me hizo leer el anuncio del periódico… Acudí ansiosa, deseando ser la primera en llegar a tal solicitud… Deseaba conocer a Gilbert Ward, para gritarle en la cara que mi hermana se merecía algo mejor que ser zarandeada, abofeteada, tirada al suelo, pues a pesar de todo, ella no era mala. Era una tontería decirle todo eso, ¿verdad?, pero lo deseaba. Sin embargo, así que conocí a Gilbert Ward, las palabras se me detuvieron en la garganta. Yo ignoraba que estuviera tan enfermo… En fin, que me he quedado en la casa… Bien mirado, lo mismo me da una que otra.

—Le diré algo que ignora, señorita Eggar. —Comprendió que debía saberlo, que era su obligación decírselo—. No debe odiar, ni siquiera guardar rencor, a Gilbert Ward. Por su causa no murió su hermana. Fue por causa de Simon…

—¿Simon? —inquirió, sorprendida.

—Su hermano gemelo. A la hora de responder de tal acción, dio la cara Gilbert Ward, pero el único culpable fue Simon. Pero tampoco debe odiar a éste. Murió de un modo horrible, en un gesto desprendido y noble. Algún día le hablaré más extensamente de todo eso.

—Dice que murió de un modo horrible —abría mucho los ojos —. ¿De qué modo? Ha despertado mi curiosidad.

—Fue en tierras africanas. Un guepardo se lanzó sobre él, arrancándole la carne en horrendas y feroces dentelladas. Cuando nosotros quisimos evitarlo, ya era tarde, había muerto entre un charco espeluznante de sangre. En su rostro se expresaba el mayor de los terrores. Aún estaba caliente.

—Ignoraba tales sucesos. —Y Barbara añadió—: Yo sólo sabía que eran de esas tierras los pajarracos disecados de la señora Ward.

Hablaron más. Pero ya sin importancia, por lo menos para lo que Patrick O'Sullivan se llevaba entre manos.

Cuando se despidieron, la muchacha le dijo:

—Gracias.

—Ha sido un placer.

—No, no me refería a la merienda. Me refería a su respeto… Si he de serle sincera, señor O'Sullivan, me estaba temiendo que confundiera mi profesión con la de mi hermana…

CAPÍTULO V

Estaban reunidos nuevamente en el casino, pero ahora no disfrutaban del acogedor lugar y se removían inquietos como si sus asientos hubieran dejado de ser mullidos y confortables sillones.

Patrick O'Sullivan rompió la pausa que se había forjado.

—El mejor consejo que puedo daros, es que paguéis de una vez. De este modo os ahorraréis toda clase de complicaciones, alguna de las cuales, como bien habéis podido constatar, no tienen nada de agradables.

—Yo he pagado ya —dijo Tony Menis, aunque tras un acusadísimo titubeo—. En monedas de oro, tal como fue lo convenido.

—Pues yo también he pagado —confesó, a su vez, Robert Mageen, él, asimismo, de forma embarazosa.

—Yo, no —repuso Anthony Noore, y se puso a sudar por todos los poros de su piel.

—Debieras hacerlo.

—Sí, Patrick, sí —admitió, y Anthony Noore chorreaba sudor—. Pero ahora me resulta enteramente imposible, te lo aseguro. No es una cifra cualquiera y tengo todo el dinero invertido en unas acciones.

—Véndelas.

Patrick O'Sullivan debía considerar crítica la situación, verdaderamente crítica, pues estaba claro que no se andaba con vacilaciones. Se mostraba realmente apremiante.

—Si las vendo ahora, voy a perder un dineral.

—Más puedes perder —dijo Patrick— si no lo haces. Lo sabes de sobras, no te estoy contando nada nuevo, desgraciadamente.

—Pero tampoco debo dejarme arrastrar absurdamente por una situación que por sí misma no se explica. —Y agregó—: Convenid conmigo en que a este jeroglífico le falta algo sustancial. No encajan

las piezas, posiblemente sea eso. Porque yo me pregunto: ¿quién pudo lógicamente escribir aquellas cartas? ¿Y a quién le ha beneficiado, en definitiva, la muerte de Peter? La respuesta parece ser: Gilbert Ward. Pero vosotros sabéis muy bien, tan bien como pueda saberlo yo, que las manos de Gilbert tiemblan en todo momento como el azogue y que no ha podido ser él, en absoluto, el autor de esas amenazas. En cuanto a la persona que ha matado a Peter de forma tan escalofriante, menos aún… El estado físico y enfermo de Gilbert Ward le descarta por completo de toda duda, le absuelve de antemano de toda sospecha.

—En todo eso estoy contigo —asintió Tony Menis—. Pero a otra persona puede interesarle que Gilbert cobre, ¿no?

—Tal vez esas cartas y esa muerte —opinó por su parte Anthony Noore— tenga otro motivo…

—Pero, en definitiva —dijo Robert Mageen—, la sombra que se esconde y nos acecha, pretende que cumplamos nuestra promesa. Para demostrarnos que no habla en broma y decidirnos de una vez, ha matado a Peter.

—Esto resulta indudable, sí.

—Ha demostrado que es un asesino, del que debemos guardarnos muy bien —repuso Tony Menis.

—Lo mejor es pagar —sentenció Patrick O'Sullivan—. Hazme caso, Anthony, no demores.

—¡Te he dicho que ahora me resulta imposible! —barbotó, y su sudor no había menguado, muy al contrario—. Pero así que pueda, os aseguro que cumpliré la palabra dada…

Se interrumpió.

Acababa de entrar un camarero en el salón. Llevaba cuatro sobres cerrados sobre una reluciente bandeja de plata.

—Son para ustedes —comunicó—. Acaban de llegar.

Electrizantes, en medio de un verdadero suspense, esperaron a que el camarero se hubiera retirado.

Sólo entonces, Robert Mageen, como en aquella otra ocasión, fue el primero en alargar la mano y coger el sobre que le correspondía.

Lo rasgó.

Desplegó el papel que contenía.

Esta vez no se puso pálido, lívido, como si le hubieran dejado todas las venas, todas las arterias sin una sola gota de sangre. Por el

contrario, así que sus pupilas recorrieron el papel a lo largo y a lo ancho, exhaló un profundo suspiro de alivio. El papel estaba completamente en blanco.

Luego fue Tony Menis quien se decidió a coger su sobre.

Con idéntico resultado, pues el papel se hallaba enteramente en blanco.

Anthony Noore optó por ser el tercero en saber a qué atenerse. Pero no estaba en las mismas condiciones que sus amigos, de ello que él temblase y sudase a más y mejor.

Rasgó el sobre de una forma que delataba claramente su lamentable estado de ánimo.

El papel que contenía sí estaba escrito. Decía:

> Date prisa en pagar. Te queda poco. No digas nada a la policía.

Se aflojó la presión de sus dedos y el papel se le fue de las manos. Se dejó caer en un sillón, sin fuerzas, abrumado.

Mientras, Patrick O'Sullivan alargaba el brazo se apoderaba de su sobre. Él, tranquilo, sereno, porque sabía que fue el primero en cumplir lo prometido. Él no estaba en falta.

No lo había estado nunca.

Pero su papel también se hallaba escrito y sacudió la cabeza al leer en qué términos.

> No te metas más en este asunto. Te va en ello la cabeza. Advertencia que debes hacer extensiva a tía Sheila, y señorita Linda Mills y Barbara Eggar. Al comisario Ralston, ni palabra.

* * *

Durante la tarde había nevado, y ahora, a primeras horas de la noche, había que ir con precaución por las aceras para evitar un traspiés en las láminas de hielo que se habían formado.

Patrick O'Sullivan se levantó el cuello de su recio gabán y siguió adelante, siempre mirando el suelo para no patinar.

Se dirigía hacia la casa de Gilbert Ward, porque tenía especial interés en ver y prevenir a la que, desde hacía unos días, era la nueva enfermera de la casa.

También deseaba decir algo al respecto a tía Sheila y a Linda Mills, aunque éstas, sobre todo la última, daba la sensación de no necesitar que nadie le tendiera una mano. Además, ¿quién le aseguraba que no había sido precisamente una de ellas la persona que escribiera las primeras cartas y acababa de escribir las otras?

En cuanto a la muerte de Peter Moreman… Ya lo había dicho el comisario Ralston, un hombre o una mujer… Bueno, todo aquello de momento estaba hecho un auténtico lío.

Como fuera, a él lo que verdaderamente le apremiaba era entrevistarse con Barbara Eggar, la dulce muchacha de ojos azules que ella sí necesitaba a todas luces quien la defendiera.

Pero al llegar a la casa, quien le recibió fue Linda Mills. Desde luego, más amable y cordial que en otras ocasiones.

Le puso al corriente.

—¡No me diga! —Su asombro resultó muy relativo. Aunque quizá fuera, simplemente, que su aparente frialdad lo cubría todo—. ¿Ha recibido una carta en tales términos? ¿Y se me menciona a mí?

—Tal como lo oye, señorita Mills.

—Habrá que avisar a la policía. Habrá que avisarla inmediatamente.

—Dice la misiva que no debemos hacerlo.

—¡Ah! Pues a mí me va a faltar tiempo para hablar con el comisario Ralston… Puede darlo por descontado.

—Usted verá lo que hace. Es muy dueña. Pero yo no se lo aconsejo, sinceramente.

—Es usted un poco miedoso —se burló de sus reparos.

—¿Usted cree? —Sonrió, despreocupadamente—. Pues yo que me tenía por valiente.

¡Vaya por Dios!

En aquel momento se dejó ver tía Sheila, en el dintel de aquella pequeña salita que era su estancia favorita.

—Hola, Patrick.

—Buenas noches, señora.

—¿Quieres venir a conversar un poco conmigo?

—Encantado…

Dejó a Linda Mills y se dirigió hacia tía Sheila, cuyo rostro mostraba un visible cansancio, un acusado malestar.

—No me encuentro muy bien —le dijo a Patrick, luego de ofrecerle asiento—, pero la señorita Eggar ha ido a buscarme la medicina. Así que la haya tomado, me sentiré mejor.

Al poco llegó Barbara Eggar, quien no disimuló su contento al ver de nuevo a Patrick O'Sullivan en aquella casa.

—Tome, señora —le tendió un par de pastillas y le ofreció un vaso, con un par de dedos de agua.

Tía Sheila ingirió las pastillas con gran facilidad.

—Es la práctica —dijo luego—. Me tragaría un tonel y mi garganta ni se enteraría.

Seguidamente, Patrick les comunicó a ambas, aprovechando que ambas estaban allí, el motivo que había guiado sus pasos hacia la presencia de ellas.

—¡No! —exclamó tía Sheila, muy impresionada.

—No comprendo —musitó a su vez Barbara Eggar, y se quedó como atontada.

Pero tía Sheila le sacó rápidamente de su atontamiento, alzando la voz y exclamando:

—¡Anda, vaya a hacer lo que le he dicho! ¡Me pone muy nerviosa el hielo en la ventana!

—Ahora mismo, señora Ward.

Patrick vio cómo la muchacha cogía un pico de romper hielo, que con anterioridad alguien habría dejado sobre uno de aquellos muebles. De otro modo no hubiera estado allí, pues evidentemente no era aquel su sitio.

Luego la muchacha abandonó la estancia e instantes después, tras cruzar el vestíbulo, salió de la casa.

No tardó Patrick en verla a través de los cristales, en el exterior, quitando con la punta del pico todo el hielo que se había quedado pegado a las esquinas de las ventanas.

Ella también le miró y le sonrió.

Patrick pensó que cada día estaba más guapa.

—¿No me oyes, Patrick?

Volvió de su ensimismamiento. Comprendió que no era la primera vez que tía Sheila le hablaba.

—Sí, claro que la oigo —se apresuró a responder—. Dígame,

señora.

—Te gusta la señorita Eggar, ¿eh?

—Sí —confesó.

—¿Crees que es de fiar?

Le molestó la pregunta. Aunque bien mirado, no le sorprendió demasiado. La señora Ward era siempre, en todo y por todo, muy desconfiada. También era, según Linda Mills, la mujer más ambiciosa del mundo.

—Completamente —respondió Patrick—. ¿Usted no lo cree así?

—No cabe duda —sonrió—. Te gusta… Pero, bueno, hablemos de lo importante. Para eso he mandado fuera a la muchacha.

—¿Qué es lo importante?

—Ese criminal que anda suelto.

—¿Qué hay que hablar de él? No hay novedades al respecto, a no ser esas nuevas cartas que mis amigos y yo hemos recibido.

—¿Te parece poco?

—No, sinceramente.

—Pero, bueno, ¿vas a contárselo todo al comisario Ralston, o vas a callar?

—Lo sabemos ya demasiados —dijo Patrick—. Al comisario Ralston se lo dirá alguien, no sé quién, pero alguien…

* * *

En efecto, el comisario Ralston no tardó en estar enterado.

Se presentó en la casa con su inseparable cigarro puro. Por lo visto, fumaba de la mañana a la noche. Y tal vez a medianoche, si se despertaba y le daba por reflexionar sobre algún caso complicado.

Aún encontró a Patrick conversando con tía Sheila.

—No me esperaba tan pronto, ¿verdad, señor O'Sullivan? —preguntó el comisario, un poco mordaz.

—No tan pronto, con franqueza —admitió Patrick—, pero sabía que alguien se lo diría. Pero, créame, me alegro de verle.

—Lo razonable es que esté aquí, ¿no le parece? Por el bien de todos ustedes, incluso de usted, o quizá por usted principalmente, ya que por lo que parece, es el que se inmiscuye demasiado.

—No he hecho nada, se lo aseguro. Sólo estoy intentando, en la medida de mis modestas posibilidades, llegar a alguna conclusión, a alguna parte…

—¿Lo ha conseguido?

—No, de momento al menos. Dígame, comisario Ralston, ha sido Anthony Noore quien ha ido a explicárselo todo, ¿no es eso?

—Ya que me lo pregunta, sí, efectivamente, ha sido él. —Se llevó el puro a la boca y lo dejó allí, entre los dientes—. Necesita sentirse protegido por la justicia.

—¿Y le va a encarcelar, para así tenerle seguro? —preguntó Patrick.

—Tanto como eso…

—Pues menos no creo que sea suficiente. Lo presiento, habrá más muertes.

Entonces se oyó, a pocos pasos de ellos, la voz de Gilbert Ward.

—Quizá el próximo muerto sea yo.

Se volvieron hacia él. Al unísono.

—Sí —dijo Gilbert, entre el abrumador silencio que sus últimas palabras habían producido—. Quizá sea yo. Considere mi idea, comisario Ralston. No la desdeñe como fuera de lugar, porque yo, a mi vez, presiento que me queda poco de vida y no debido a mi enfermedad, sino a algo más violento.

El comisario Ralston tardó más de una hora en salir de aquella casa. Les interrogó a todos.

Pero, en definitiva, salió como había entrado, sin saber qué pensar y sin saber, en absoluto, de quién debía desconfiar.

CAPÍTULO VI

Cada uno de ellos se había retirado a su respectivo dormitorio, quedando la casa en silencio.

En un silencio que a Barbara Eggar le cosquilleaba la epidermis, haciéndole sentir desazón e inquietud. Haciéndole temer algo.

Pero ¿qué?

Sólo sabía que, desde que Patrick O'Sullivan le había dicho que su nombre iba en aquella carta, no se sentía nada a gusto en aquel empleo. Menos aún al recordar que Patrick, al despedirse, susurró:

—Hágame caso… Deje esto mañana de manera definitiva.

Sin embargo, no era ella la única que se sentía agitada aquella noche. Tía Sheila estaba que no acertaba a controlar sus nervios.

Sin embargo, ella sí sabía por qué…

De pronto, una idea horrible, aterradora, monstruosa, se había metido dentro de su mente. Pero al parecer esa idea era absurda, disparatada, así que intentó no tenerla en cuenta, no considerarla y olvidarla por completo.

Pero no podía. Su pretensión se estrellaba contra su propio pensamiento que machacaba esa idea una y otra vez. Esa idea pavorosa, demencial, que volvía a ella con todos los arrestos de una verdad irrefutable.

No se había aún acostado. ¿Para qué, si no iba a poder dormir? Imposible dormir con aquel infierno dentro.

Pero tampoco era aconsejable que pasara la noche levantada. Sí, se acostaría, pero antes pasaría el pestillo de la puerta. Una precaución de la que no debía prescindir.

No solía pasar el pestillo otras noches, pero lo haría ésta. Sólo así se sentiría tranquila, a salvo y podría tal vez reposar algo.

Al día siguiente llamaría al comisario Ralston y le explicaría en qué se fundaba, en qué radicaba su temor, cuál era la sospecha que la torturaba.

Pero no pudo seguir con sus reflexiones, ni tampoco llegó a tiempo de pasar el pestillo.

Pensamiento y acción quedaron bruscamente atajados al moverse el pomo de la puerta que comunicaba con el pasillo. La otra daba al cuarto de aseo.

Petrificada de espanto, tía Sheila retrocedió varios pasos. Esto ya antes de ver quién era la persona que iniciaba la entrada en su habitación.

El pomo de la puerta siguió moviéndose y, finalmente, la puerta se entreabrió, apareciendo la persona que iba a matarla.

¡Que era exactamente, ni más ni menos, quien ella se figuraba!

—¿No vas a gritar?

Lo preguntó así que se plantó ante la anciana.

Una anciana enferma, que apenas se sostenía en pie apoyada pesadamente sobre el lado derecho, sobre el bastón. Que apenas se sostenía sobre sus piernas flacas y descarnadas.

—Vale más que no alborotes —agregó—. No conseguirías nada gritando. En esta casa todos duermen profundamente. Les he mezclado un fuerte somnífero en la cena, así que no han de despertar por mucho que alces la voz.

La mirada de tía Sheila se hallaba obstinadamente clavada, presa de infinito y desbordante terror en la mano que sujetaba con firmeza el pico de romper hielo.

—¿Para qué vienes con eso? —atinó a preguntar.

La respuesta fue una nueva pregunta.

—¿De veras tienes tan poca imaginación?

—No, no —gimió tía Sheila—. No quiero morir así. Quiero morir en la cama, cuando llegue mi hora.

—Tu hora ha llegado, es ésta. No has debido sospechar la verdad. Hay errores fatales.

—Pero si yo no sospechaba nada…

—Por si acaso, me trae cuenta prescindir de ti.

Haciendo un supremo esfuerzo, tía Sheila quiso refugiarse en el cuarto de aseo, pero como era lógico esperar, fue alcanzada apenas dio torpemente un par de pasos y ya el pico de romper hielo se alzó sobre ella, sobre el lado izquierdo de su pecho.

Entonces gritó. Muy fuerte, muy largo…

Todo lo largo que le permitió aquel pico de romper hielo, que se

hundió e incrustó irreparablemente donde todos tenemos el corazón.

* * *

Patrick O'Sullivan había decidido merodear alrededor de la casa.

Podían suceder muchas cosas y quería evitar que Barbara Eggar pagara las consecuencias.

Hacía un frío muy intenso y llevaba las manos hundidas en los bolsillos de su gabán.

Pero en el fondo de uno de sus bolsillos, sus dedos rozaban un contacto frío, el de una pistola, que podía allanarle cualquier posible contingencia.

Debido a las circunstancias y sobre todo dada la amenaza que pesaba sobre él, debía tomar precauciones. Un loco o una loca andaban sueltos. Demasiado riesgo para afrontarlo a la ligera. Si era preciso estaba dispuesto a pecar de valiente, pero nunca de insensato.

En eso oyó un grito.

El grito de tía Sheila.

Corrió y se precipitó sobre la puerta de la casa, haciendo sonar repetidas veces el aldabón y dando fuertes golpes de puño y de hombro.

Luego llamó a un par de personas que casualmente transitaban por allí, pidiendo que le ayudasen. Era preciso, sin esperar a más, echar abajo aquella puerta. En el interior de la casa alguien había gritado y todo hacía presumir un crimen.

Finalmente optaron por entrar por una de las ventanas. Una manera más sencilla de lograr sus propósitos.

Propósitos que, empero, no llevaron a cabo hasta tener a su lado a un policía. A éste había ido a buscarlo a grandes zancadas uno de aquellos dos casuales viandantes.

Otro policía fue, entretanto, a buscar al comisario Ralston, quien se presentó allí apenas unos minutos después.

Tía Sheila fue hallada en el suelo, junto a su cama, con el pico de romper hielo clavado aún en el pecho. Una mancha de sangre humedecía la delantera de su vestido.

En su rostro se veía reflejado el más escalofriante de los terrores. Sus ojos permanecían abiertos, como enloquecidos por su visión.

A Barbara Eggar la encontraron acostada, durmiendo profundamente. Costó más de cinco minutos despertarla.

Otro tanto sucedió con Gilbert Ward. No hubo quien le despertara en varios minutos.

Su sueño, entre temblores y sacudidas, no podía ciertamente ser más pesado.

El tercer caso análogo corrió a cargo de Linda Mills. Le había embargado el más profundo de los sueños.

Idéntico caso el de la sirvienta.

No había que reflexionar mucho para llegar a la conclusión de que todos habían ingerido un poderoso somnífero. Y como sea que ellos no lo habían hecho por su propio gusto, la evidencia se imponía. Alguien había querido asegurarse de que no iban a despertar así como así.

De este modo, el asesino podría matar tranquilamente a tía Sheila.

Pero en parte le habían fallado los planes. Patrick O'Sullivan merodeaba por allí, muy cerca de la casa, y en cuanto oyó el grito de la anciana corrió hacia la puerta de entrada y empezó a llamar.

De ello, sin duda, que el asesino huyera sin asegurarse de si tía Sheila estaba muerta del todo.

No, no lo estaba. Aún le quedaba un resto de vida.

—Comisario, esta mujer vive aún…

Pero su resto de vida era tan mínimo, que equivalía apenas a unos veinte latidos de su corazón. Ni uno más.

Sin embargo, ese tiempo fue suficiente para que pestañeara un poco, moviera otro poco los labios y dijera:

—El cajón era grande… De madera… Lo vi en el sótano…

* * *

El comisario Ralston visitó el sótano, pero con eso poco adelantó. Allí no había nada de particular. Tal vez la anciana se había referido al sótano de otra casa.

—Ustedes dejaron cerradas puertas y ventanas antes de

acostarse, ¿no es eso? —inquirió el comisario, y les miró detenidamente, uno a uno.

La respuesta fue afirmativa, y unánime, por parte de todos ellos.

—¿Seguro? —insistió.

Volvieron a ser afirmativas las respuestas.

—Pues uno de mis agentes —les comunicó, entre el humo de su puro— ha encontrado abierta la pequeña puerta que da a la parte trasera de la casa. La cerradura está desencajada. Parece ser, pues, que alguien la forzó. —Y volviéndose de súbito hacia Barbara—: Según tengo entendido, señorita Eggar, usted fue la última que utilizó el pico de romper hielo.

—Sí, sí —asintió la muchacha, estremecida—. A la señora Ward le molestaba ver el hielo pegado a las esquinas de la ventana y me mandó ir a quitarlo.

—Cuando acabó su cometido, ¿dónde dejó el pico? Supongo que debe recordarlo.

—Lo volví a dejar en su sitio.

—¿Cuál es su sitio?

—El sótano.

—Al entrar allí, ¿no vio en aquel momento nada de particular? Algo que llamara su atención.

—No, en absoluto.

—¿Ningún cajón de madera?

—No, no…

—Y bien. —Ahora se volvió hacia la sirvienta—: ¿Cómo se explica usted que en la cena hubiera mezclado somnífero? ¡Y vaya dosis! ¿Quién tuvo ocasión de entrar en la cocina y llevar a cabo su plan?

—No sé… No sé… —murmuró torpemente la sirvienta, una jovencita que en su vida se las había visto tan negras.

—¿Se ausentó alguna vez de la cocina? —quiso saber.

—Sí —reconoció—. Mi novio me hizo señas desde la calle y salí a hablar con él un par de palabras. No creo —se atrevió a decir— que eso sea un crimen… Bueno —carraspeó—, he querido decir un delito…

—¿Suele hacerlo a menudo?

—¿El qué, comisario?

—Acudir a la llamada que le hace desde la calle su novio.

—Pues sí, a menudo.

—¿Cada día? —quiso concretar, pues lo consideraba un dato de importancia.

—Sí, cada día —afirmó—. Menos los domingos, claro, que tengo día libre y salimos juntos.

—Y todos ustedes —volvía a dirigirse a los demás—, ¿han cenado lo mismo, exactamente lo mismo? ¿O acaso alguno, el que sea, dejó de comer algo en particular?

—No, todos hemos cenado absolutamente lo mismo —dijo Barbara Eggar—. Sopa, pescado, y de postre buñuelos y fruta. Sólo tía Sheila cenó distinto, ella hacía régimen.

—Bien, señores, nada más.

Dio la sensación de que el comisario se conformaba y daba como bueno lo que le habían dicho.

Pero ¿le habían dicho la verdad?

Patrick O'Sullivan, por su parte, se negó a irse de allí si antes no se llevaba a Barbara Eggar a lugar más seguro.

—Ya no tiene nada que hacer aquí —le dijo—. Se ha quedado sin paciente.

—Pero a estas horas… —adujo la muchacha, bostezando de sueño.

—Le buscaré un hotel o una pensión. Lo que importa es que se aleje de aquí cuanto antes.

—¿Supone, acaso, que el asesino se halla bajo este techo? —Sus bostezos se repetían cada dos por tres—. El comisario Ralston ha dicho que, a juzgar por la cerradura desencajada de la puerta trasera…

—Ha podido ser un ardid del asesino. Lo sé yo y lo sabe el comisario Ralston. Como puede ser también, en efecto, que se trate de alguien que entrara desde el exterior. Todo cabe. Todo es posible. Como sea, y por si acaso, usted se viene conmigo. Tranquila —sonrió, anteponiéndose a los posibles reparos de la muchacha—, la llevaré a un lugar decente y no le pediré que me deje quedar.

—¡Oh! —Se sofocó la muchacha.

—Soy un caballero —sonrió Patrick O'Sullivan—. El día que le hable de amor, será para pedirle que se case conmigo.

—¡Oh! —volvió a exclamar Barbara Eggar, pero esta vez con un tono muy distinto y con un brillo precioso en sus ojos azules.

No volvió a bostezar.

CAPÍTULO VII

Durante varios días, Anthony Noore no salió de su hogar, ni siquiera para ir al casino.

Sabía que si iba encontraría a sus amigos, pero ni aun así se decidía a encaminar hacia allí sus pasos.

Sólo estaba pendiente de sus acciones petrolíferas, que no subían en la bolsa de Londres. Se veía medio atrapado en aquella mala inversión bursátil.

Aún no había cumplido lo que prometió a Simon Ward.

Pero aquella noche tuvo necesidad de salir de su casa, de respirar el aire de la noche.

De una noche fría, helada, ya que durante las últimas horas había nevado persistentemente.

Aquellos días había tenido un miedo horrible a las lanzas pintarrajeadas a rayas rojas y negras de la tribu nakki y miedo también de los picos de romper hielo.

Pero aquella noche, sin saber exactamente por qué, no sentía el menor temor.

Bueno, quizá en parte sí sabía el motivo. Hacía mucho que no visitaba a su amiguita, una rubia que vivía un poco más allá del lago situado en las afueras de la pequeña ciudad de Sapatterman.

¿Qué mal había en ir? Bien mirado, nadie sabía de sus intenciones. Todo el mundo le creería allí, en su casa, como días anteriores.

Se decidió, pues, a ir a ver a aquella joven y tentadora mujer, con la que se relacionaba hacía más de un año.

Salió muy abrigado, con una bufanda tapándole la boca y la nariz, asomando sólo los ojos.

Pero esos ojos se desorbitaron de verdadero terror, de auténtico espanto, cuando ya junto al lago que se hallaba cubierto de una gruesa capa de hielo, alguien se le puso por delante.

Alguien que surgió inesperadamente de entre unos crecidos y tupidos matorrales.

—¿Tú, eres tú…? —balbució, sintiendo un pavor espeluznante.

En el cielo brillaba sólo alguna que otra estrella. Pero resultaba suficiente. Más que suficiente para hacerse cargo de la realidad.

—Sí, yo… —Su voz era ya una sentencia. Una terrible e inmutable sentencia de muerte—. Mira, en mi mano llevo una lanza… Las sé dirigir bien, no lo ignoras… En menos de dos segundos, puedo dar en el blanco… No fallo nunca… Con una pistola podría errar el tiro, pero con esto, no… Gilbert me enseñó a usarlas… Cuando estaba bueno, antes de caer enfermo, claro…

—Apártate de mi camino, por favor —Anthony Noore se veía ya muerto y su voz, normalmente atiplada, ahora se hacía un hilo ridículo que apenas salía de su garganta—. Déjame seguir mi camino… No te delataré…

—No, ni hablar de eso —repuso de un modo seco, cortante, definitivo—. Te estaba esperando. Sabía que una noche u otra vendrías. Claro que sí, esa rubia es demasiado tentadora… —Y agregó—. Voy a matarte.

—Pero ¿por qué…?

—Has pedido ayuda al comisario Ralston. Esto quiere decir, que así que hubieras recordado algo referente al cajón de madera…, se lo ibas a decir. Demasiado arriesgado para mí.

—Eres un verdadero demonio… El bueno y honrado, como siempre, Gilbert…

—Sí, ya lo sé. No me dices nada nuevo.

Ya no quiso hablar más. Hacerlo era perder el tiempo de un modo peligroso.

Alzó la lanza.

Anthony Noore echó a correr, haciéndolo en zigzag.

Pero no le sirvió de nada su estratagema. La lanza le alcanzó, en el cuello.

Con la lanza clavada, Anthony Noore se volvió hacia su asesino, llena de sangre su herida y su boca, vacilantes sus rodillas, tambaleantes sus pies.

Se puso a gemir de una forma tenebrosa, patética. Seguía en pie, aunque manteniendo a duras penas el equilibrio.

Vio cómo la mano asesina se apoderaba de una nueva lanza,

como la otra, como todas, pintarrajeada a rayas rojas y negras.

Antes de recibir el nuevo impacto, cayó al suelo. Las fuerzas le abandonaron. Se sentía a punto de desvanecer, o de morir, no lo sabía.

Sólo supo, o mejor adivinó, que una nueva lanza, ya caído él en el suelo, iba a clavarse una y otra vez, en su cuello, hasta seccionarlo, hasta desencajarlo del cuerpo.

—No, piedad… Cualquier otra muerte, menos ésa…

—¿Quieres otra muerte? —preguntó como no desestimando su petición.

Como si Anthony Noore fuera un reo y por el mero hecho de serlo mereciera toda clase de consideraciones.

—Sí —dijo Anthony Noore—, otra muerte… Cualquiera, antes que ésa…

—A tu gusto.

Lentamente se dirigió a la orilla del lago y allí, con la punta de la lanza, pegó fuerte una y otra vez, hasta que consiguió que el hielo se partiera.

Los golpes fueron dados en círculo, así que al poco pudo agacharse y coger el redondel con sus manos, sacándolo de allí.

—Pero ¿qué estás haciendo…? —Se horrorizó Anthony, que no sabía ya que muerte prefería más, si la que ya conocía, o la que estaba intuyendo.

—¿No me has dicho que prefieres otra muerte? Voy a darte gusto. Un favor que no te mereces. Te has referido a la bondad de Gilbert, a su honradez y odio a todos los que piensan así…

—He dicho la verdad.

—¡Calla, desgraciado, y prepárate a morir!

Le cogió por los pies y le arrastró.

Anthony Noore pataleó con todas sus fuerzas. Pero esto no es mucho decir, pues cada vez las fuerzas le abandonaban más y más. ¡Fluía tanta sangre de su herida!

Siguió arrastrándole, hasta meter sus pies en el agujero que poco antes había hecho en la superficie del lago. Y siguió arrastrándole, venciendo su oposición, hasta incrustar allí, quieras que no, su cuerpo hasta más arriba de la cintura.

Anthony Noore gritó. Fue del frío horrible, horripilante, insoportable, que experimentaron sus miembros.

—¡Adentro de una vez!

—No, no… —Se rebelaba, pero ya todo era inútil.

Le empujó con fuerza y el agua le llegó hasta el cuello. Aquí se detuvo, porque le ayudó la lanza, que quedó atravesada sobre la helada superficie.

Pero arrancó la lanza de su carne y luego le impulsó hacia abajo, bruscamente.

Su cabeza desapareció entre las aguas durante unos instantes. Pero volvió a surgir.

—Por favor… —Aún imploró compasión. ¡Era tan grande su desesperación!

El asesino permaneció inmutable, mientras cogía el trozo redondo de hielo que antes sacara de allí.

Comprendiendo que ya todo era inútil, Anthony Noore se puso a gritar una y otra vez.

—Gilbert el bueno, el honrado… Tú, un verdadero monstruo… ¡Maldita sea tu persona!

El trozo redondo de hielo aplastó su cabeza, hundiéndole de nuevo.

Era un trozo muy grande. Demasiado para que las fuerzas de Anthony Noore pudieran con su peso.

Aun así, el asesino siguió allí largo rato. Hasta que el hielo del trozo suelto se fundió con el resto.

Al principio había oído un gorgoteo.

Luego ya no oyó nada.

Se fue sonriendo.

* * *

Menguó el frío, mejoró bastante la temperatura y se deshizo el hielo que cubría la superficie del lago. Y apareció el cadáver de Anthony Noore.

—Me sale donde menos hubiera podido imaginar —dijo el comisario Ralston—. Y tiene una profunda herida en el cuello… ¡Demonios —barbotó al dar con varias lanzas semiocultas entre unos tupidos matorrales— otra vez lo mismo! ¡Y pintarrajeadas de igual modo!

Aquel mismo día, el comisario Ralston se presentó en el casino. Sabía que allí podría encontrar a Patrick O'Sullivan, a Robert Mageen y a Tony Menis. A los tres a la vez. Y prefirió ir directamente al encuentro de ellos, que esperar a que acudieran a la comisaría. Le urgía recibir un par de respuestas concretas.

—Estamos a sus órdenes, comisario.

—Se trata de preguntarles si cuando ustedes cinco regresaron a Inglaterra después de su viaje por África, trajeron o no equipaje. Y decir equipaje equivale a decir asimismo paquetes de tamaño más o menos considerable.

—No, comisario —dijo Patrick O'Sullivan— no traíamos más que lo puesto y un par de mudas en un pequeño maletín. Después de la terrible odisea por la que habíamos pasado, comprenda que…

—Sí, comprendo —el comisario Ralston le había casi interrumpido—. De todos modos, me interesa concretar este punto. ¿Ninguno de ustedes —ya no se dirigía solamente a Patrick O'Sullivan, sino también a los otros amigos— trajo equipaje…?

—No, no —dijo Robert Mageen.

—No… —repitió Tony Menis.

—Y en cuanto al desaparecido señor Moreman, Peter Moreman, ¿qué me dicen?

—No, tampoco —repuso Patrick—. Lo mismo que nosotros. Lo puesto encima y poco más.

—¿Y respecto al señor Noore, Anthony Noore?

—Idéntica respuesta, comisario.

Éste se quedó reflexivo. Finalmente sacó su puro, lo encendió, despidió un par de bocanadas de humo y dijo:

—Bien, se desprende con claridad y exactitud que ninguno de ustedes cinco pudo traer de tierras africanas esas lanzas… En consecuencia, pues, esas lanzas pintarrajeadas a rayas rojas y negras como las que usan los negros de la tribu nakki, no son más que una imitación… —Y aclaró—: Hay que buscar al anticuario que las vende… De este modo daremos con el que las compra…

—Comisario —intervino Tony Menis—. ¿Qué móvil, exactamente, debe tener ese nuevo crimen? Si era por las 20.000 libras que debía pagar y no pagaba, mal ha de poder pagarlas ahora, muerto…

—El asunto se ha complicado mucho —dijo el comisario Ralston

— y cuando se llega a estos extremos, los móviles aumentan, aparecen, y surgen de pronto, de manera impensada… y el asesino ha de ir improvisando y actuando sobre la marcha… Creo que en este caso acaba de suceder algo así… No obstante, es prematuro sentenciar en ese u otro sentido… Pero llegaremos al final, claro que sí… En principio, lo dicho, buscaremos al anticuario…

CAPÍTULO VIII

Linda Mills se hallaba cerca de la ventana y miraba hacia el exterior. El cielo se hallaba despejado y brillaba el sol. Apetecía salir.

Vio una mano joven, pero temblorosa y convulsa, que se acercaba a ella. En la palma de esa mano, la de Gilbert Ward, claro está, había sujetos varios billetes.

—Toma, Linda…

Se volvió hacia el hombre enfermo, encorvado, que le miraba con unos ojos casi puestos en blanco, pero donde, no obstante, se leía una inmensa devoción hacia ella.

—¿Qué es esto, Gilbert? —preguntó, sin demostrar aversión ni repugnancia hacia lo repelente de su aspecto.

—Dinero, ya lo ves… ¿No me dijiste ayer que habías visto un traje precioso? Pues toma, sal y cómpratelo.

—¡Oh, Gilbert, es demasiado! —exclamó con tono emocionado —. Yo no merezco tantas atenciones por tu parte.

—Te lo he dicho muchas veces, Linda; todo lo mío será para ti. Así que, ya es hora que empieces a considerarte lo que eres, la dueña y señora de esta casa —y agregó—: Un día de éstos haré testamento a tu favor, ¿sabes? No quiero dejarlo para última hora, no vaya a ser que pueda sucederme algo y ese requisito no esté debidamente formalizado.

—¿Qué puede sucederte, Gilbert? —preguntó—. Últimamente te veo asustado, inquieto, como si temieras que después de tía Sheila… En realidad, ya antes de morir ella temías…

—Sí, es cierto. No me siento seguro. Por el contrario, noto cerca de mí un peligro grande, latente…

—Desecha esos temores —se esforzó por quitar de él aquella preocupación—, ¿quién va a quererte mal a ti, Gilbert, que eres y has sido siempre tan bueno con todo el mundo?

—Tía Sheila no era mala, ni mucho menos, y ya has visto… Tenía sus rarezas, a veces un poco de mal genio, pero no había quién le negara muy buenos sentimientos. A Simon y a mí nos hizo de madre y siempre nos trató a ambos con gran cariño. Tú no te llevabas demasiado bien con ella, ¿verdad?

—No, Gilbert y lamento que fuera así —Linda Mills habló con rapidez, como si tuviera prisa en disculparse—. Pero la culpa no era mía, te lo aseguro. El carácter se le había estropeado bastante y…

—Tenía celos de ti —dijo Gilbert—. Comprendía lo que tú significabas en mi vida, Linda y pensaba que mi corazón no iba a poder con eso de quereros a las dos.

—Nunca me habías dicho —las lágrimas se asomaron a los ojos de ella— que me quisieras. Ésta es la primera vez.

—Pero ya lo sabías, ¿no es eso, Linda? Cuando un hombre está dispuesto a dejar toda su fortuna a una mujer, es porque la ama.

—Sí, lo sabía —reconoció—. Sabía que finalmente has correspondido a ese sentimiento tan hondo, tan profundo, que me inspiraste el primer día de conocerte.

—Llega un poco tarde mi amor —se le atravesó la voz—. Ya no puedo pedirte que aquel sentimiento siga latente en ti… Soy un ser que inspira compasión… No, por favor… —Se anticipó al gesto de protesta de ella—. Sé que es así. No quieras consolarme. No tengo consuelo posible.

—Es dolorosa esta conversación, Gilbert.

—Sí, francamente, lo es. Sólo si consiguiera curarme, o al menos mejorar… Pero dicen que no tengo cura… Sin embargo, a ratos me rebelo desesperadamente, me niego a aceptar esto…

—Estuviste en la clínica del doctor Palance, en Londres. Yo llegué a confiar que…

Pero la muchacha se interrumpió a duras penas, conteniendo un sollozo. ¡Todo aquello era tan amargo!

—Sí, me puse enteramente en manos del doctor Palance, quien me había dicho que existía una posibilidad. Pero el intento fracasó estrepitosamente, estoy igual…

—No sufras, Gilbert. Me duele horriblemente verte así. Quizá en otra ocasión, otro doctor… No pierdas las esperanzas del todo…

—Tienes razón, Linda, en la vida no es bueno desesperar del todo, siempre debemos confiar en algo… Y si yo confío en ti —se

esforzó por sonreír— porque eres mi ángel bueno…

—Intento serlo, Gilbert.

—Nunca te agradeceré bastante que sigas aquí, a mi lado, como si yo fuera algo que valiera la pena.

—Para mí vales la pena, no lo dudes.

—Por eso tendrás tu premio, todo mi dinero irá a tus manos. Haré de ti una mujer rica.

—Si sigo aquí, Gilbert, no es por tu dinero. Procedería de igual modo si estuvieras arruinado.

—Estoy seguro de ello y eso hace que, en medio de mi terrible desgracia, me sienta feliz. Pero ¡basta de lamentaciones!, toma este dinero, Linda, y vete a comprarte el vestido. Aún no deben haber cerrado.

—¿Te empeñas, Gilbert?

—Por descontado que sí.

Cogió los billetes y al así hacerlo, rozó la piel del hombre. Entonces los dedos de esa mano temblorosa y convulsa, acariciaron la mano de ella. Una caricia que pareció querer esforzarse por decir y proclamar todo lo que de apasionado sus labios debían callar.

—Gilbert…

—Dime, Linda.

—¿Por qué no te entrevistas de nuevo con el doctor Palance? Quizá insistiendo en aquel tratamiento… No pierdes nada intentándolo…

—Es todo inútil, Linda, no mejoraré nunca —su amargura era muy grande—. Pero por darte gusto, lo haré. Lo intentaré todo.

—Gracias, Gilbert.

—Las gracias debo dártelas yo a ti, Linda, por ser tan buena.

* * *

Salía Linda Mills de la lujosa tienda, cuando se dio cuenta de que a pocos pasos, estaba Patrick O’Sullivan. Pasaba casualmente por allí y al reparar en ella se había detenido para saludarla.

Enseguida fue a su encuentro.

—¿Qué tal, señorita Mills?

—Bien, muy bien. ¿Y usted, señor O’Sullivan?

—Encantado de verla —y sin más—. ¿Qué, sin novedades dignas de mención?

La expresión de Linda Mills, de por sí fría e inexpresiva, ahora reflejó claramente lo que estaba pensando: «Este hombre se las da de policía. Ya tengo encima un nuevo interrogatorio».

—Todo en perfecta calma —se limitó a decir.

—De momento no se puede pedir más —desde luego, aunque no recibía facilidades para la conversación, Patrick O'Sullivan no estaba dispuesto a malograr la oportunidad que le brindaba aquel encuentro puramente casual—. Bien mirado, esta situación está inacabada…

—¿Usted cree?

—¿Usted no…? —Y al no recibir respuesta—. Sí, el caso está evidentemente sin acabar, según mi modesto parecer, claro… No, no me refiero solamente al hecho de que falta dar con el asesino de la señora Ward, o tía Sheila, como se prefiera, y con el asesino de Peter Moreman y Anthony Noore, sin duda una misma persona… Aquí aún falta otra cosa, que muera alguien más…

—¡Vaya! ¿Y quién va a ser ése? ¿Usted, señor O'Sullivan?

—Procuraré no serlo, aunque me consta que estoy poco menos que en primera fila.

—¿Por entrometido?

—Precisamente.

—Pues deje de entrometerse…

—Ni hablar de eso. Me he empeñado en ayudar todo lo posible al comisario Ralston.

—¿Considera que necesita ayuda? Poco generoso en sus apreciaciones, ¿no cree?

—Una ayuda no cae mal a nadie. Por eso, señorita Mills, yo pido la suya.

—¿Mi ayuda? —Enarcó una ceja, haciendo aún más impenetrable su expresión.

—Sí, la suya. ¿Por qué no…? —Y agregó—: En una ocasión se sinceró conmigo. Me habló de Gilbert, de su amor y abnegación por él…

—Si ya sabe todo eso, ¿qué más quiere saber?

—No lo sé exactamente. Pero usted vive en esa casa, donde se perpetró uno de los crímenes y si piensa, si reflexiona sobre los

pormenores acaecidos durante las últimas semanas, forzosamente ha de dar, me consta, con el detalle revelador…

—¿No peca de imaginativo?

—¿No aludió la señora Ward —inquirió a su vez— a un cajón grande de madera que estaba en el sótano…?

—No dijo en qué sótano. Ni comprendo qué relación puede haber entre ese cajón de madera y las muertes que han habido.

—Es cierto, no dijo en qué sótano… —convino—. Sí, quizá en ese sentido esté pecando un poco de imaginativo… En fin, dígame, ¿conoce usted a algún anticuario?

—¿Anticuario?

—Eso he dicho.

—Una pregunta extraña, ¿no?

—A mí me parece normalísima.

—No sé por dónde va, señor O'Sullivan, ni de quién desconfía. En tales condiciones, me resulta molesto colaborar con usted. Vale más que se lo diga a las claras.

—¿No sería mejor que me dijera el nombre del anticuario…? Si hace un poco de memoria, tal vez…

—No conozco a ningún anticuario —lo dijo con absoluta serenidad—. Por lo demás, si piensa usted que sacándome de quicio voy a hablar más de la cuenta, se equivoca radicalmente. Nunca suelo alterarme más de lo debido. Es una de mis virtudes.

—Se la reconozco, señorita Mills. Pero, créame, hace mal no ayudándome. Deberé, pues, pedir ayuda en tal sentido a Gilbert, o a mis amigos Robert, o Tony… Quizá ellos, sí sepan facilitarme alguna dirección…

—Si quiere saber algo en concreto, tendrá que preguntar a quien sea, a otra persona, por descontado que sí. No va a quedarle otro remedio, yo no sé nada, nada absolutamente. Pero si ha de ir a preguntar a Gilbert, no tarde en ir por allí. Creo que Gilbert va a ausentarse.

—¿Se va de viaje?

—Sí, creo que sí —y le explicó—: Va a ir a Londres a visitar nuevamente al doctor Palance. Ya estuvo en su clínica recluido una temporada, aunque desgraciadamente no sirvió de nada. Sin embargo, va a insistir… El pobre desea tanto mejorar…

—Y usted también lo desea, ¿no es cierto?

—Con toda mi alma, claro que sí.

CAPÍTULO IX

El anticuario era un hombre viejo, grueso, con una blanca perilla puntiaguda, cuyos ojos lanzaban chispitas de avaricia tras el recio cristal de sus lentes de miope.

Lanzó una mirada a su tienda, una mirada circular. Todo estaba en perfecto orden.

Podía retirarse tranquilamente a la trastienda. El día había concluido. Sonrió. Los clientes habían sido abundantes y la caja estaba llena.

Pero en eso, algo le sobresaltó.

Había oído una respiración. Una mal contenida respiración.

No, no podía ser. Se hallaba solo en la tienda y en la trastienda tampoco había nadie. Vivía solo.

Había empezado a apagar las luces, por lo que todos los objetos allí expuestos permanecían en la semipenumbra. Pensó que era mejor volver a encenderlas.

Pero antes de hacerlo, oyó la voz:

—Buenas noches.

Había aparecido ante él.

—¡Qué susto! —exclamó el anticuario—. ¿Usted…? ¿Cómo se le ocurre gastarme esta broma…? —Y queriendo disimular su miedo —: No ha debido hacerlo. Estoy mal del corazón.

—No se preocupe por su corazón —fue la respuesta—. Para el poco tiempo que va a tener que funcionar…

—¿Qué dice? Bueno, sigue bromeando… ¿A qué viene…? Sí, ya lo sé —él se lo decía todo, atropelladamente— a ver si aún me quedan lanzas de aquéllas. Pues sí, creo que aún me quedan algunas.

—No vengo a eso.

—¿Se ha propuesto ponerme nervioso…? —Lo suyo eran ya más que nervios, pues en la mirada que le atravesaba había irrefrenables

ansias de matarle, de acabar con su vida, y hubiera tenido que estar ciego y que ser tonto, ambas cosas a la vez, para no darse cuenta de ello—. ¿Por qué me mira así…? ¿Qué pretende con esta actitud…?

—Usted no tiene la culpa, pero la sentencia tiene que cumplirse. No queda otra solución. Las circunstancias mandan.

—¿De qué sentencia me habla?

—De la que acabo de firmar, la suya. Ahora sólo me queda ejecutarla, y estoy buscando el modo…

—Está diciendo muchas tonterías… —Las palabras se le pegaban angustiosamente al paladar, mientras notaba pegajoso y húmedo todo su cuerpo.

—Por desgracia para usted, no son tonterías. Debo acabar con su vida. Su vida es un peligro para mí. Mañana recibirá la visita de la policía y para entonces ha de estar «imposibilitado» para responder a sus preguntas. ¿Y qué mejor forma de imposibilitar a una persona, que detener sus movimientos para siempre?

—¡Oh, usted está mal de la cabeza! —Y quiso huir de aquel lugar del mostrador, o por lo menos quiso intentarlo.

Pero ni lo hizo, ni siquiera lo intentó. Preso del pánico más intenso, quedo enteramente quieto, inmóvil, no pudiendo dar un solo paso.

Ya para entonces, vio el candelabro de bronce, de siete espléndidos brazos, que se alzaba sobre su cabeza. En un gesto rápido, furibundo.

Levantó los brazos para impedir o amortiguar el golpe, pero lo hizo de una forma tan temblorosa, tímida y acobardada, que el impulso del candelabro no quedó frenado en absoluto.

Cayó implacable sobre su cráneo, arrancándole un grito al principio y un terrible y largo gemido después.

Un chorro de sangre le resbaló por la frente, empapándole los párpados y velándole la visión.

Las piernas le cedieron y cayó de rodillas. Como implorando perdón, misericordia.

De nuevo se alzó en los aires el candelabro.

De nuevo, claro está, descendió…

La herida de la cabeza se hizo más honda, más incisiva.

Afluyó aún más sangre.

La visión del anticuario, velada en un principio, quedó

enteramente anulada. Sólo veía tinieblas enrojecidas.

Terminó desvaneciéndose.

Por descontado, no volvería a recuperar el conocimiento.

El candelabro de bronce, de siete brazos, le dio una y otra vez. Todas las veces que fueron precisas.

El asesino no escatimó golpes. Fue pródigo dándolos. Escalofriantemente pródigo.

Cuando se alejó del cuerpo del viejo anticuario, no quedaba lugar a dudas.

Un alma más que subiría a los cielos o descendería a los infiernos.

* * *

El comisario Ralston murmuró:

—He llegado tarde.

Patrick O'Sullivan se hallaba a su lado. Le había pedido permiso para acompañarle.

Añadió:

—Me lo estaba temiendo.

En el suelo, cerca de ellos, permanecía tétricamente inmóvil el cuerpo del viejo anticuario.

A no muchos metros, entre aquel sin fin de objetos antiguos, las largas lanzas pintarrajeadas a rayas rojas y negras parecían resaltar dando la justa medida de su importancia.

—Un testigo valiosísimo que se me escapa —rezongó el comisario—. Podía haber sido la solución de todo.

—Demasiado sencillo —dijo Patrick—. Tendrá que discurrir más, comisario.

—Tendremos —pluralizó—. ¿No me ha dicho que está empeñado en colaborar conmigo?

—Sí, desde luego —asintió—, pero quizá mi buena voluntad no baste. Si usted con más conocimiento y experiencia, no termina de encontrar la pista, yo…

—Usted, señor O'Sullivan —le interrumpió— está sospechando algo. Algo que por lo que veo no quiere decir.

—Muy suspicaz, comisario —sonrió.

—¿He acertado? —quiso saber.

—No se debe mentir a la policía. Sí, ha acertado.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Estoy esperando a confrontar unos datos, para saber más exactamente a qué atenerme. Hasta entonces me encuentro tan sólo pendiente de mi duda, de mi recelo.

—¿No puede adelantarme nada?

—De poco me serviría hacerlo, si luego, así que confrontara esos datos, mi tesis se viniera abajo con todos sus argumentos y razonamientos, ¿no cree?

—Bueno, haga lo que juzgue más conveniente —el comisario le miró con gravedad—, pero antes de intervenir personalmente en uno u otro sentido, no se olvide de pedirme ayuda. Usted solo va a poder poco.

—De acuerdo, comisario. Si mi sospecha se perfila y define, antes de meterme donde no me llaman, le enviaré a usted un urgente SOS, o iré yo mismo a buscarle.

—Confío en ello.

Poco después, Patrick O'Sullivan se reunía con Barbara Eggar. Quien había encontrado ya un nuevo empleo.

—Pero va a ser un trabajo un poco atado —le hizo saber.

—No me gusta —dijo Patrick—. Yo necesito verla a menudo…

—¿De veras? —sonrió la muchacha.

—Claro —dijo él—, para tenerla al corriente de lo que suceda. Esto es lo razonable. Usted estaba en la casa cuando asesinaron a la señora Ward, así que debe estar particularmente interesada…

—Por descontado que sí.

—Además, no sólo por eso deseo verla. Es por algo más y usted lo sabe muy bien. Una muchacha no ignora cuando un hombre ha perdido el buen sentido por ella.

—¿Usted lo ha perdido por mí?

—Sí —asintió—, pero espero que aún me quede un poco para deducir acertadamente quién es el asesino. Me da que con la lanza de mi imaginación, ésta sin pintarrajear, estoy dando en la diana de la verdad.

—No se arriesgue, señor O'Sullivan —suplicó—. No corra peligros inútiles.

—Procuraré hacerle caso.

—¿Sólo lo procurará…?

—No puedo prometerle otra cosa.

—Se lo ruego… Tenga cuidado… Mucho cuidado…

CAPÍTULO X

Del interior del cajón de madera, cuya capacidad sería de unos once metros cúbicos, repleto de rifles, municiones, tiendas de campaña, balsas hinchables de goma, cantimploras, altas botas de cuero, pantalones y camisas de tela caqui, y mucha cantidad de material sanitario, surgió la voz del hombre:

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

Aquella voz, la de Gilbert Ward, era tan estremecedora, desgarrada y pavorosa, que ya el sólo hecho de oírla, erizaba los cabellos de espanto.

Simon Ward se apresuró a ir hacia allí.

Dobló una de las tablas del cajón de madera de forma especial y entonces quedó a la vista una pequeña cavidad, perfectamente disimulada entre aquel variado conglomerado de objetos, éstos a su vez debida y perfectamente embalados.

En esa pequeña cavidad estaba Gilbert Ward, quieras que no, hecho un ovillo, pues no había espacio para otra cosa. Permanecía maniatado de pies y manos, agitado de continuo por sus temblores y sacudidas, lamentables consecuencias de la enfermedad que le aquejaba.

—¡Maldito! —barbotó Simon—. Has conseguido quitarte el pañuelo con el que te amordacé. ¿Es que quieres perderme…?

Volvió a colocarle el pañuelo, esta vez apretando más fuerte, mucho más fuerte.

Pero antes de hacerlo así, aún había de oír la voz de él.

—Simon, no hagas eso conmigo… Por piedad… Soy tu hermano gemelo… Debieras quererme, como yo siempre te he querido a ti… Ten compasión…

—¡No, Gilbert, no voy a tener compasión! ¡Conseguiré el amor de Linda como sea…! ¡Me estorbas…! Pero te quitaré de en medio sólo cuando hacerlo me reporte pingües ganancias… Todo lo tengo

ya perfectamente planeado…

Se despertó sobresaltado, con el corazón dándole terribles saltos en el pecho.

Chorreaba sudor de arriba abajo.

Había sido una pavorosa pesadilla.

Pero sólo eso, una pesadilla. No tenía por qué preocuparse. Todo le había salido bien. Ni calcado le hubiera salido mejor. Podía sentirse satisfecho.

Echó atrás las sábanas y se levantó del lecho, alargando la mano hacia el batín, y poniéndoselo.

Luego encendió un cigarrillo.

Sólo había sido una vulgar pesadilla, pero necesitaba serenarse, calmarse. Se había agitado mucho.

Pero en eso, bruscamente, se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

Alguien había entrado allí y ahora permanecía mirándole fijamente, muy fijamente, con un pavor sin límites impreso en sus facciones.

—Linda… —murmuró.

—Te has puesto a gritar y he venido corriendo a ver qué te pasaba. Pero es horrible, horrible. ¡Tú no eres Gilbert! ¡Tú eres Simon!

Estaba claro que era así. El cuerpo que sus ojos veían, permanecía derecho, erguido, sin sufrir temblores ni sacudidas de ninguna clase. Los ojos eran vivos, penetrantes, de sagaz mirada, no permanecían en blanco, en gesto inequívoco de cruel enfermedad. La boca mostraba el trazo voluntarioso, firme.

—¡Sí, soy Simon! —exclamó éste, puesto que negarlo ya no podía conducirle a nada—. ¡Pero he engañado a todos! ¡Soy un artista…! ¡Sí, lo soy…! Una vez salí a un escenario y fracasé, pero la culpa no fue mía, sino del público formado por redomados imbéciles… La prueba de que valgo, es que he sabido llevar a cabo el más difícil y peliagudo de los papeles… Y nadie ha desconfiado de mí… Nadie… Ni siquiera tú…

—Pero ¿dónde está Gilbert…? —Se angustió la voz de Linda—. ¿Qué has hecho con Gilbert? —Y respondiéndose a sí misma—: Si resulta que Simon, que eres tú, no murió devorado por el guepardo, el desdichado aquel no pudo ser otro que el propio Gilbert…

—¡Sí, fue él! —afirmó Simon—. Yo le llevé de viaje por aquellas tierras y lo saqué a escena en el momento oportuno.

—No puedo comprenderlo —murmuró Linda—. Dices que le llevaste de viaje… Pero ¿cómo? ¿De qué forma? Todo esto se me antoja inexplicable.

—¿Quieres que te lo explique? —Su gesto era de victoria, de quien se siente vanagloriado de su gesta.

—Sí, sí… —murmuró Linda.

—Pero antes —dijo Simon, acercándose a ella— tienes que saber que todo lo he hecho por ti. No podía perderte. Me hubiera vuelto loco.

—¿Lo has hecho por mí…?

—Sí. ¡Sí! Siempre he sabido que existía una terrible sed de dinero tras tu apariencia fría e indiferente. He buscado, pues, el modo de convencerte…

Linda Mills permanecía silenciosa, muy pálida, no terminando de asimilar tan imprevista y monstruosa situación. Simon Ward le puso las manos sobre los hombros y prosiguió:

—Si has seguido en esta casa, no ha sido por altruismo, sino porque Gilbert te tenía prometido que todo lo suyo sería para ti. No era decir mucho, pues la situación económica de Gilbert distaba mucho de ser boyante, pero eso era más que nada y tú no estabas dispuesta a dejar escapar ese bocado.

—Gilbert me daba pena —murmuró Linda—. Por eso seguía aquí, puedes creerme…

—¡No seas falsa! —gritó—. ¡Era por el dinero que pudiera quedarle!

—Sabía que apenas le quedaba… No, no era por lo que piensas… Me juzgas peor de lo que soy.

—Eres una mujer capaz de todo por dinero… ¡Destápate de una vez, ya es hora! Por eso, desde que en esta casa hay tantos miles de libras en monedas de oro, los ojos te brillan llenos de alborozada y jubilosa felicidad.

—Sí, no te lo niego —confesó Linda, tras una pausa— tanto dinero encandila a cualquiera. Pero antes de llegar aquí ese dinero, yo esperaba recibir poco, muy poco, casi nada, y me conformaba… Sí, me conformaba, aunque no me creas… En realidad, yo quería sinceramente a Gilbert, a quien tú has matado.

—¡Sí, lo he hecho, y no me arrepiento! —Crispó los dedos sobre los hombros de ella hasta casi hacerle proferir un grito de dolor—. Ahora dime tú que aplaudes mi idea, que la celebras, puesto que está llevada a cabo en tu honor…

—No, no —dijo Linda, queriendo desasirse, pero sin lograrlo, de aquellos dedos que parecían garfios—, yo no puedo estar de acuerdo contigo. ¡Eso, nunca! ¡Nunca!

—Ya está hecho —resumió Simon—. No le des más vueltas a la cuestión. Con tu aprobación o sin ella, Gilbert ya no existe. Dime, ¿vas a rechazarme ahora…? Te lo ofrezco todo a cambio de tu amor… —Y viendo que ella no le respondía, que sólo temblaba, añadió—: ¡Has de quererme, Linda, o morirás en mis manos como los demás han muerto! ¡Puesto a matar, no habrá de importarme un muerto más!

—Explícame lo sucedido —murmuró Linda—. No…, no termino de comprenderlo.

—¡Dime antes que serás mía, que nos iremos juntos donde nadie haya de molestarnos! ¡Donde quede olvidado todo esto! Nos llevaremos las monedas de oro… Por eso quise que el dinero fuera en oro, así todo es más sencillo…

La abrazó con fuerza y la besó en la boca.

Linda Mills temblaba cada vez más.

Se dejó besar, pero no correspondió a la caricia. Sus ojos estaban reflejando un miedo horrible.

—Sí, sí… —dijo, finalmente—, nos iremos juntos… Seré tuya… Ahora, explícamelo todo…

Las manos de Simon Ward se alzaron hasta su cuello, donde empezaron a apretar.

—¿Eres sincera, Linda? —preguntó—. ¡Mira que si no lo eres, aprieto, aprieto hasta que no te quede un solo suspiro en el pecho!

—Sí, claro…, claro que soy…, soy… sincera —tartamudeó—. Lo cierto es que tú me has conocido mejor que nadie… Sí, tienes toda la razón del mundo. Bajo mi apariencia fría e indiferente, ha existido siempre en mí una terrible sed de dinero…

Pero las manos de Simon Ward continuaron apretando el cuello de la muchacha.

* * *

El comisario Ralston acababa de cenar. La sirvienta se le acercó para decirle que tenía una visita: Patrick O'Sullivan.

Aquéllas eran unas horas intempestivas.

Sin duda, pues, se trataba de algo urgente, que requería su inmediata atención.

Se levantó del sillón en que se hallaba plácidamente recostado. Dejó olvidado el cigarro puro en el cenicero. Y fue hacia la salita de estar, donde esperaba el visitante.

—Buenas noches, señor O'Sullivan. ¿Pasa algo?

—Sí, comisario —y sin transición—: Ya sé quién es el asesino. Los datos que he confrontado, rotundamente lo confirman.

—Bien, dígame lo que sea —y señalándole un asiento—. Acomódese, por favor.

—Es mejor que siga en pie. No podemos perder tiempo. Urge la detención del culpable, antes de que haga otra de las suyas.

—Hable.

—El asesino es… Simon Ward.

—¡Demonios, eso es imposible! —barbotó el comisario Ralston —. Murió devorado por un guepardo. Eso lo saben todos sus amigos, el primero usted.

—Creía saberlo —dijo Patrick— que no es lo mismo. La realidad es otra. ¿Le interesa saber cómo he llegado a tal conclusión?

—¡Naturalmente!

—El otro día hablé con la señorita Mills, Linda Mills, y me hizo saber que Gilbert Ward había estado recluido durante una larga temporada en la clínica del doctor Palance, en Londres. Nada de particular, simplemente eso. Pero no sé por qué me dio que aquello no era cierto y he ido a confrontarlo. En conclusión, el doctor Palance esperaba a Gilbert Ward, pero no llegó. A última hora le comunicó por carta que había cambiado de idea y que lo dejaba, quizá, para más adelante.

—Eso no creo que signifique nada… —Se encogió de hombros el comisario Ralston, que esperó, empero, a que Patrick prosiguiera.

—No significaría nada —puntualizó— a no ser por el hecho de que las fechas concuerdan perfectamente…

—¿Qué fechas? —inquirió.

—Las semanas que Gilbert Ward tenía que haber permanecido en la clínica del doctor Palance, y que no estuvo allí, y tampoco en

su propia casa, son exactamente las semanas en que Simon Ward, su hermano gemelo, partió, viajó y regresó de su viaje por tierras africanas.

—Entonces, deduce usted… Pero, bueno, ¿qué es en definitiva lo que deduce?

—Las palabras de la señora Ward antes de morir fueron: «El cajón era grande… De madera… Lo vi en el sótano…». Pues bien, ahora he recordado que Simon Ward quiso construir personalmente, para que resultara más firme y resistente, más de confianza, el cajón donde debíamos embalar todo lo preciso para aquel viaje… Pero —Patrick se interrumpió a sí mismo—, ¿no podría seguir hablándole por el camino, comisario? Debe ir, sin más demora, a detener a Simon Ward antes de que una vez más, sea tarde… Bien mirado, él es quien podrá explicárselo todo mejor…

—De acuerdo. ¡Vamos!

CAPÍTULO XI

Las manos de Simon Ward dejaron de apretar el cuello de la muchacha, que se hallaba ya jadeante.

—¿De veras eres sincera, Linda? —preguntó—. ¿De veras puedo fiarme de ti?

Ella asintió, esforzándose por no reflejar todo el miedo que sentía. Ese miedo que se le había metido hasta los tuétanos.

—Ahora te lo explicaré todo.

—Sí… Sí…

Y se lo explicó con pocas palabras.

Pocas en realidad le hicieron falta para referir aquellos hechos aterradores, monstruosos. Dignos verdaderamente de un ser diabólico.

—Metí a Gilbert en el cajón, en un departamento especialmente construido y disimulado. Sabía que hasta allí no llegaría la malicia de los empleados de la aduana. Por lo demás, nadie en la ciudad de Sapatterman echaría a faltar a Gilbert, ni tampoco aquí en su propia casa, pues había dicho que iba a marcharse a Londres para permanecer una temporada en la clínica del doctor Palance. Desde luego, el cajón con todo lo embalado, llegó en perfectas condiciones a Angola. Y una vez allí todo resultó fácil. Dando dinero, todo se allana. Todos te obedecen y secundan sin chistar. Blancos o negros, todos reaccionan del mismo modo.

La selva les mermó a la mitad. Contribuyó a ello, la tribu antropófaga nakki, que acabó con otro más de los componentes del grupo. Pero Simon Ward sabía que escondidos entre la maleza, entre la propia selva, se hallaban sus secuaces, con rifles, prestos a defenderle si se presentaba la ocasión. No se hallaba, pues, lo desamparado y desprotegido que parecía.

El guepardo se puso a perseguirles. Esto era cierto. Pero él sabía, asimismo, que si el guepardo se lanzaba contra él, saldría la bala

que le salvaría la vida. Si el guepardo se lanzaba contra otro del grupo, todo sería distinto. Había que dar visos de realidad a la escena.

Llegaron junto al río y Simon Ward indujo a sus compañeros a construir una piragua que de antemano sabía que iba a resultar insuficiente para llevarles a todos. Consideraba que había llegado el momento tan esperado…

Por ello, cuando quedó demostrado que sobraba uno, él se brindó al sacrificio. Siempre y cuando, no tardó en aclarar, cada uno de ellos se viera dispuesto a desprenderse de 20.000 libras así que llegaran sanos y salvos a Inglaterra.

Sus condiciones fueron aceptadas. En tan peligrosa y comprometida coyuntura, aquello se les antojó una bendición del cielo.

Pero una vez de regreso, podían olvidarse, podían faltar a la palabra dada. Así que, para prevenirse contra tal posible eventualidad, Simon Ward se puso a gritarles —cuando ellos ya descendían por el río en la piragua— que si no cumplían lo acordado, que el castigo cayera inexorable sobre ellos. Que la muerte les destruyera de forma inapelable, sin compasión ninguna. Que las lanzas de la tribu nakki les degollasen, separándoles la cabeza del cuerpo.

Esperaba con tales palabras dejar mucho más fresca su memoria…

Cuando los componentes de la piragua encontraron al pequeño barco de vapor y regresaron, Simon Ward había tenido tiempo ya más que suficiente para sacar a Gilbert del lugar en que hasta entonces lo tuviera maniatado y amordazado y dejarlo pasto de la feroz acometida del guepardo. Vestido de igual forma que él, por descontado.

Con lo que Simon Ward hacía que la carambola le saliera perfecta.

Después, disfrazado, con la documentación falsa que ya tenía debidamente preparada, regresó a Inglaterra, a Londres.

De allí se dirigió a la pequeña ciudad de Sapatterman, haciéndose pasar por Gilbert, imitando sus temblores y sus sacudidas, evidentemente a la perfección.

Dijo que llegaba de la clínica del doctor Palance. Que allí había

permanecido todo aquel tiempo, pero que, desgraciadamente, su mal no tenía cura.

Todo le hubiera salido redondo, no ofreciéndosele dificultades de ningún género, si sus amigos, ya de regreso, hubieran cumplido lo acordado.

Pero sólo lo cumplió Patrick O'Sullivan. Los demás parecieron olvidarse por entero de la palabra dada.

No obstante, para recordar el pasado a cada uno de ellos, allí estaba Simon Ward, primero enviándoles aquellas misivas y luego adquiriendo aquellas lanzas en el local del anticuario. Y luego, haciendo que Peter Moreman, el más alegre del grupo, pagara por todos. Fue como una advertencia de lo que pasaría al resto, si no pagaban.

En efecto, pagaron. Consiguió lo que se proponía. Cundió el pánico y los resultados fueron inmejorables. Bueno, Anthony Noore dejó de pagar, él sí. Por lo visto estaba comprometido en una mala inversión bursátil.

En las siguientes misivas, mencionó a tía Sheila, y a Barbara Eggar, e incluso a Linda Mills. Quiso de este modo poner aún más confusión en las reflexiones del comisario Ralston.

Pero el mayor inconveniente, por aquel entonces, corrió a cargo de la susodicha tía Sheila. Simon Ward comprendió que empezaba a sospechar la verdad y que debía eliminarla a marchas forzadas, antes de que se decidiera a hablar.

Se le ocurrió matarla con el pico de romper hielo, y así lo hizo, dejando luego desencajada la cerradura de la puerta que daba a la parte trasera de la casa para que la policía dedujera que el asesino había llegado del exterior. Antes, no obstante, había tomado sus precauciones, claro está, pues indudablemente, tía Sheila gritaría antes de morir y debía asegurarse que nadie despertara aquella noche.

Solventar este pormenor no fue tampoco un gran problema. Sabía que la sirvienta, mientras hacía la cena, acudía a la llamada que su novio le hacía desde la calle. Aprovechó su salida para verter el somnífero en la pasta de los buñuelos de postre que estaba preparando. Un somnífero que a Simon Ward no había de hacerle efecto, pues él se abstuvo de comer los buñuelos, dejándolos disimuladamente bajo las pieles de los plátanos con los que hizo

más amplio su postre.

Lo peor fue que tía Sheila no murió de pronto. Simon Ward oyó las perentorias llamadas de Patrick O'Sullivan a la puerta, y se apresuró a refugiarse en su habitación, dándola por muerta. Pero no lo estaba, todavía no.

Aún pudo articular unas palabras. Afortunadamente no pronunció su nombre. Se limitó a hablar del cajón de madera. Algo un tanto comprometedor para él, pero no básico, ni muchísimo menos. Por lo menos de momento.

Sin embargo, Anthony Noore podía recordar y sospechar de él. Lo mismo que Robert Mageen, Tony Menis y Patrick O'Sullivan. Tendría que acabar con ellos. Sólo así se quedaría enteramente tranquilo.

Empezó por Anthony Noore. Le había costado salir de su casa, pero finalmente lo hizo.

Simon Ward sabía que saldría. La mujer que le esperaba era demasiado atractiva para que resistiera la tentación que representaba recibir sus dulces caricias.

Ahora estaba a la cabeza de la lista Patrick O'Sullivan. Se iba inmiscuyendo demasiado en todo aquello. Parecía gustarle el peligro.

—Ya está todo explicado, ¿no? —Simon Ward cortó su propia narración—. ¿Qué me contestas, Linda?

Ella le dijo:

—Eres muy listo, mucha más de lo que hubiera podido imaginar, y un actor excelente, magnífico, soberbio…

—¿Lo dices por adularme —la mirada de Simon Ward era recelosa— o porque sinceramente lo piensas? —Y gritó, mientras de nuevo colocaba sus manos sobre el cuello de ella—: ¡No me mientas!

—Sinceramente lo pienso —repuso la muchacha, intentando esbozar una sonrisa—, claro que sí. ¿No has dado muestras, acaso, de una inteligencia poco común? ¿Cómo si no, podía habérsete ocurrido un plan tan perfecto…?

Ella estaba muy quieta. Sin demostrar el temor que le inspiraban aquellas manos alrededor de su cuello.

—No sé… No sé… —vacilaba el tono del hombre—, pareces decir esto de un modo mecánico… Pareces no ser sincera…

—Claro que soy sincera… Pero, por favor —temía que de un momento a otro ya no pudiera controlar más sus propios nervios—, quítame esas manos de la garganta. Si es verdad que me amas y si todo el dinero que tienes va a ser para ti y para mí, ¿por qué quieres asustarme?

—¡Ah!, ¿te estoy asustando? —Y sus manos siguieron sin descender.

Pero en aquel preciso instante apareció el comisario Ralston y Patrick O'Sullivan en el quicio de la puerta. De un modo tan rápido, que Simon Ward quedó como paralizado.

—¡Queda usted detenido, Simon Ward! —El comisario Ralston dejaba ver en primer plano su contundente pistola.

—¿Cómo…, cómo lo han sabido…? —inquirió el aludido, perplejo y desconcertado—. ¿Y cómo han entrado…?

—Hemos entrado por una de las ventanas de la planta baja —le dijo el comisario— con toda la discreción precisa… Ni ustedes han oído nada, ni la sirvienta tampoco… Pero estamos aquí, y por lo visto en el momento oportuno. Dese cuenta, no vengo solo, me acompaña el señor O'Sullivan, que ha sido quien ha comprendido quién era el culpable…

—¡Maldito seas, Patrick! Me has echado por tierra un trabajo ímprobo.

Linda Mills se había puesto a sollozar.

—Cálmese, señorita Mills —dijo el comisario—. Ya está usted a salvo. Ya nada tiene que temer.

Sollozando aún más fuerte, Linda Mills salió de la habitación, mientras Simon Ward se devanaba los sesos pensando cómo podría escapar de aquella situación.

Lo veía mal. Muy mal. La pistola del comisario Ralston le apuntaba y el dedo que acariciaba el gatillo no se mostraría medroso si la ocasión lo requería. Resultaba indudable.

Se puso a temblar. No como cuando imitaba a su pobre hermano Gilbert, sino de una forma auténtica, verdadera, real.

Todo estaba perdido. De aquella situación no iba a poder escabullirse. No, de nada servía devanarse los sesos.

Pero de pronto, como quien oye una música celestial, Simon Ward, oyó la voz de Linda Mills.

—¡Escapa, Simon, yo te protejo la retirada! ¡Escapa con todo el

dinero! ¡Luego me reuniré yo contigo! ¡Les dejaré encerrados aquí!

El comisario Ralston y Patrick O'Sullivan se volvieron, sobresaltados, hacia la puerta. Lo que menos podían esperar en aquel momento, era que Linda, a quien al parecer acababan de salvar la vida, o por lo menos de un grave aprieto, se volviera contra ellos.

La vieron en el dintel de la puerta, con una pistola en la mano. Una pistola que les apuntaba inexorablemente a los dos.

—Si dispara usted, comisario, dispararé yo también. No le trae cuenta hacerlo.

—¡Linda! —exclamó Simon Ward, con un grito de júbilo.

—¡Corre, vete a buscar todo el dinero! —exclamó ella—. ¡Yo les retengo aquí! ¡Corre!

Patrick O'Sullivan tuvo tentaciones de intervenir. A él no podía asustarle una mujer, por muy armada que mostrara su diestra. Pero algo le hizo detenerse, y fue la mirada extraña, muy extraña, que vio en los ojos de Linda Mills. Una mirada que decía más que las palabras.

Simon Ward se apresuró a ir hacia la puerta. Allí se detuvo, junto a Linda, para decirle:

—Sí, voy a coger todo el dinero… Reúnete conmigo así que puedas…

Dio un paso más hacia fuera, hacia el pasillo. Pero sólo uno más.

Así que éste estuvo dado, la mano de Linda Mills soltó la pistola, cogió un descomunal cuchillo de cocina que hasta entonces llevara oculto entre sus ropas, y lo clavó en la espalda de Simon Ward. Hasta la mismísima empuñadura.

Después se volvió hacia el comisario Ralston y Patrick O'Sullivan. Y les dijo:

—Quería darme el gusto de matarle yo.

Simon Ward había rodado por el suelo.

Allí quedó quieto.

Quieto para siempre.

Poco después, Patrick O'Sullivan había de preguntarle a ella:

—¿Por qué con un cuchillo…? ¿Por qué no disparando la pistola…?

Ella respondió, brevemente:

—Supongo que una cuchillada se parece más que una bala a la

dentellada de un feroz y hambriento guepardo…

CAPÍTULO XII

Cuando Barbara se enteró de lo sucedido, se asustó mucho. Pero todo había concluido y ya no había por qué inquietarse.

Así se lo hizo saber Patrick.

—Ya nada hay que temer. Tranquilícese, señorita Eggar. De todos modos, asustada está usted aún más bonita…

—Siempre tan gentil conmigo —sonrió ella—. Pero, dígame, con sinceridad, ¿alguna vez ha sospechado de mí…?

—No, nunca —afirmó Patrick.

—Se las ha dado de policía, pero se nota que no lo es —repuso la muchacha—. Un buen policía debe desconfiar hasta de su sombra.

—Yo no podía desconfiar de la muchacha con la que voy a casarme… Porque voy a casarme con usted, señorita Eggar, ¿no lo sabía?

F I N